

Invitado de Honor

Juan Polo Barrena

PERSONAJES

(Por orden de aparición.)

ALICIA, que será también la **VOZ 1.^a**.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE, que sera también
la **VOZ 2.^a**.

RODRIGO, el narrador.

LEONOR.

SILVIO.

ANSELMO.

PABLO.

OLIMPIA SPALANZANI, muñeca mecánica.

Escena I

**En el escenario se situará, esquemáticamente
representada, una calle perdida en los arrabales de una
gran ciudad.**

**Es de noche, y la calle se halla pobrementemente iluminada por
algún mortecino farol.**

VOZ 1.^a.- ¿Por qué me sigue usted, caballero?

VOZ 2.^a.- También yo me hago la misma pregunta y sólo sé
responderme que seguir a la gente es en mí un hábito muy
arraigado. Al fin y al cabo, nací en la calle. O, al menos, así lo
he creído desde que tengo uso de razón.

VOZ 1.^a- ¿Y eso qué tiene que ver con el acoso a que me somete?

VOZ 2.^a- No dirá usted que la he importunado lo más mínimo.

VOZ 1.^a- Todas las precauciones son pocas cuando te abordan desconocidos... Hay mujeres que cuentan horrores... Los peores son aquellos que te sorprenden con una eyaculación precoz.

VOZ 2.^a- Cuide sus palabras, jovencita, se lo advierto..., o lo lamentará de veras. ¡Por éstas que ha de lamentarlo!

VOZ 1.^a- ¿Acaso me amenaza?

VOZ 2.^a- Tengamos la fiesta en paz, ¿no le parece?

VOZ 1.^a- Lo mismo digo, pero no olvide que es usted el que me está molestando.

VOZ 2.^a- Me limito a acompañarla, como usted me ha pedido tantas veces. Acato sus instrucciones.

VOZ 1.^a- Nadie le ha autorizado a tomarse tales libertades... Y da la casualidad de que hoy no quiero verle a mi lado.

VOZ 2.^a- La calle es de todos y para todos.

VOZ 1.^a- (**Alterada.**) Hay muchas otras mujeres en este barrio; y bastante más atractivas que yo.

VOZ 2.^a- Usted, señorita, es única: tierna y desgarrada, desenvuelta y encantadora. Su mirada es tan dulce... y tan melancólica... Estoy seguro de que nadie me ha mirado nunca como usted me mira... A veces pienso que nos conocemos desde antes de nacer.

VOZ 1.^a- Me da miedo verle tan cerca... Su cara es siniestra. Me recuerda a aquel pirómano que merodeaba al atardecer con una mueca horrible en los labios. Nos perseguía insultándonos con palabras soeces y, de cuando en cuando, nos lanzaba escupitajos.

VOZ 2.^a- Una pesadilla de adolescencia. Los exhibicionistas suelen pasear por los alrededores de los colegios. Apuesto a que ese hombre tenía un pene descomunal.

VOZ 1.^a- Nunca me interesó comprobarlo... Sin embargo, lo estoy leyendo en sus ojos, de un momento a otro se va a desabrochar la astrosa gabardina para mostrarme sus atributos, y debo advertirle que no me impresionan nada esas odiosas comparaciones genitales.

VOZ 2.^a- Antes de empezar con tales demostraciones, ¿por qué no charlamos como buenos amigos? Hace tiempo que nos conocemos y nuestra relación, aun con altibajos, es más bien cordial... ¿Le apetece un refresco?

VOZ 1.^a- Yo sólo bebo con desconocidos. Y a usted le tengo tan visto que me aburre beber en su compañía. Además, no me gusta brindar... Me parece una solemne idiotez.

VOZ 2.^a- Pues entonces, simplemente charlar. Así como estamos, cara a cara, mirándonos de frente. Como dos viejos amigos.

VOZ 1.^a- Charlar, ¿qué dice? ¿De qué podemos hablar nosotros?

VOZ 2.^a- No sé... de cualquier cosa. Los hombres y las mujeres conversan.

VOZ 1.^a- Allá ellos.

VOZ 2.^a- ¿Es que no somos seres humanos?

VOZ 1.^a- ¡Bah!, a saber lo que somos. Tampoco es que me importe mucho, la verdad, pero si lo que anda buscando es hablar de esos ridículos exhibicionistas, le aconsejo que no le dé más vueltas a esas tontunas ni me venga con trapacerías... Si es un hombre de mundo, como parece, sabrá que todo eso de los tamaños y los grosores no es más que publicidad. Un engañabobos para niños viciosos y jubilados a quienes tan sólo la nostalgia sigue manteniendo vivos.

VOZ 2.^a- Y dale otra vez con lo mismo... Facilidad de palabra, sí, y sobrada desvergüenza. Las jovencitas de hoy día presumen de jugar con fuego sin quemarse. Un desafío bastante peligroso.

VOZ 1.^a- No se haga ilusiones. Soy fría como un témpano.

VOZ 2.^a- Y yo mariscal de campo; lo que se dice un cumplido caballero. Mañana me condecoran por los servicios prestados a la patria.

VOZ 1.^a- No diga más gilipolleces, por favor.

VOZ 2.^a.- (**Con irritación.**) Estoy empezando a cansarme, bonita. Me suenan los oídos... y ésta es una mala señal. Avisa de que algo anda averiado en el coco, barrunta el peligro de que se me crucen los cables.

VOZ 1.^a.- ¿Por qué no se marcha?... ¡Quiero estar sola!

VOZ 2.^a.- Siéntate en mis rodillas, cariño.

VOZ 1.^a.- ¡Y un cuerno!

VOZ 2.^a.- (**Encolerizado.**) He venido a buscarte y no pienso marcharme con las manos vacías.

VOZ 1.^a.- (**Con estudiada parsimonia.**) Cuando un desconocido me tutea empiezo a ponerme nerviosa. Siento que a la cara me sube una ola de fuego y el corazón palpita muy fuerte. Soy capaz de arañar al primero que se ponga delante de mí.

VOZ 2.^a.- Estamos perdiendo el tiempo, ¿no crees?... Tú tendrás muchas cosas que hacer, estoy seguro. Y a mí me aguardan los bichitos hambrientos.

VOZ 1.^a.- ¿Con qué viene ahora? ¿Qué bichos son esos?... Está rematadamente loco.

VOZ 2.^a.- Son encantadores. Unos bichos malignos, insaciables y terriblemente celosos... No soportan que llegue tarde a casa.

VOZ 1.^a.- Y usted les hace caso. Como si fueran sus hijos... Cuando digo que está chalado...

VOZ 2.^a.- Claro que son mis hijos... Y, por ello acabarán asesinándome, como deben hacer todos los hijos con sus padres.

VOZ 1.^a.- ¿Sabe que dice unas cosas muy raras?... Creo que empiezo a sentirme incómoda con usted. Será mejor que se marche.

VOZ 2.^a.- Te repites, eso lo has dicho antes... ¿Es que me tienes miedo?... Eres tú la que ha venido a buscarme.

VOZ 1.^a.- No estoy acostumbrada a tratar con viejos pirados que me hablan de bichos celosos y de hijos que asesinan a sus padres.

VOZ 2.^a.- Los devoran. Cachorros sedientos de sangre que desgarran sus carnes con los colmillos de nácar recién afilados.

VOZ 1.^a.- Estoy harta de oír tonterías. No le entiendo, no sé lo que dice... Las cosas son más sencillas.

VOZ 2.^a.- Por eso mismo vamos a quedarnos aquí. Hagamos lo que tenemos que hacer.

VOZ 1.^a.- Eso será si me da la real gana.

VOZ 2.^a.- Cuán pudorosa te has vuelto, de repente. Pero a mí no me engañas. Cumplirás lo prometido.

VOZ 1.^a.- Los tratos se hacen y se deshacen. El tiempo pasa y las cosas cambian.

VOZ 2.^a.- (**En tono amenazador.**) Seguramente has pensado que te resultaría fácil tomar el pelo a un viejo charlatán inofensivo. Es natural, ya se sabe que los ancianos son miopes y olvidadizos... Faltar a los compromisos, traicionar la palabra dada, ¿qué importancia tiene? Si todo el mundo lo hace, ¿verdad? ¿Por qué vas a ser tú distinta?

(Ella se levanta e intenta marcharse pero él la retiene con fuerza y brusquedad.)

VOZ 1.^a.- (**Resuelta.**) Me voy... Estoy hasta el gorro de sus chorradas.

VOZ 2.^a.- (**Enérgico.**) Te quedas conmigo... También las niñas traviesas deben ser fieles a la palabra dada.

VOZ 1.^a.- Suélteme, me está haciendo daño.

VOZ 2.^a.- Eso es lo que pretendo: hacerte daño, matarte. Quiero que sufras y goces; es lo que te has buscado.

VOZ 1.^a.- Es usted un sádico, pero yo me río de sus amenazas.

VOZ 2.^a.- Pagué por adelantado y he venido a cobrarme... Vas a follar conmigo.

VOZ 1.^a.- Yo follo tan sólo con quien me apetece. Y usted no me agrada.

VOZ 2.^a.- (**Se desabrocha la camisa y grita.**) Al menos me comerás los pezones, como has hecho otras veces. Eso sí que te agrada.

VOZ 1.^a- (Algo asustada.) ¡Pretensiones seniles! Caprichos, alucinaciones de viejo baboso. Deben de ser los síntomas del *delirium tremens*.

VOZ 2.^a- (Sardónico.) Cierra los ojos e imaginarás, sin esfuerzo, que soy tu príncipe azul. Ya se sabe que estamos hechos de la misma materia que los sueños.

VOZ 1.^a- No es porque sea viejo ni porque tenga las carnes blandas. A eso estoy acostumbrada... Pasa cada ejemplar por aquí... Es que me desconcierta. Me asustan sus extravagancias, las cosas extrañas que dice, así, de repente, como quien no quiere la cosa.

VOZ 2.^a- Digo que has de follar conmigo. Y va a ser aquí mismo.

(Él intenta sujetar a ella, pero ésta forcejea y logra soltarse.)

Sin remilgos, so zorra.

VOZ 1.^a- (Con calma, reconcentrada.) No soporto que los desconocidos me tuteen, se lo dije antes, y, sin embargo, he aguantado y sufrido en silencio para no echarlo todo a perder. Pero lo que de verdad soy incapaz de soportar, porque no me gusta nada, lo que se dice absolutamente nada, es que me levanten la voz y me llamen zorra.

VOZ 2.^a- Si lo prefieres, te llamo puta.

VOZ 1.^a- (Indignada.) Puta lo será tu madre.

VOZ 2.^a- Ni se te ocurra volver a pronunciar esa sucia palabra, o te arrepentirás de por vida. Tú eres la única puta que hace la carrera en el parque.

(En este momento, él, que al parecer ha perdido el control de sus actos, se lanza sobre ella y le atiza un puñetazo en la barbilla. Ella se queda un momento parada, sin saber qué hacer mas enseguida reacciona, golpeándole en la cara con el bolso que lleva en bandolera.)

VOZ 1.^a- ¡Canalla! No me llames puta... (**Furiosa.**) Puto lo eres tú; puta, la madre y puto, su hijo..., puto, puto, puto. A ver si te enteras, de una vez para siempre, de que soy una mujer liberada, y tan respetable como la que más lo merezca. Y además no me relaciono con esos bichos asquerosos que asesinan a sus padres.

VOZ 2.^a- No sólo eres ignorante, sino tonta de remate.

(A causa de los golpes que ella le propina, a él se le caen las gafas al suelo, por lo que ha de arrodillarse y tantear desesperado, sin lograr encontrarlas. En este momento, ella, temerosa e indignada a un tiempo, sale corriendo, mientras él sigue buscando en el suelo.

Entra RODRIGO, narrador y maestro de ceremonias.)

RODRIGO.- Los personajes anónimos que hablan por hablar pretenden, sin embargo, conmover nuestros corazones. Y como nosotros somos compasivos y de lágrima fácil, participamos de su indeciso sufrimiento sin pedir nada a cambio. Eso es lo que digo yo.

Las personas decentes corren despavoridas y se esconden en los soportales de las calles antiguas porque son incapaces de soportar el resplandor de la belleza inmortal. Eso es lo que digo yo.

Si los cementerios estuvieran en los parques públicos y hubiéramos de atravesarlos, pisando sobre las tumbas, para llegar a nuestras casas, llegaríamos a comprender que los muertos no dejan nunca de mirarnos con sus enormes ojos siempre abiertos. Eso es lo que digo yo.

Las pasiones humanas, tan denostadas, a veces son pececillos huidizos que se deslizan entre nuestros dedos, pero, en ciertas ocasiones, y generalmente cuando peor podemos defendernos, toman proporciones gigantescas, a fin de engullirnos placenteramente. Eso es lo que digo yo.

El habitante de la noche se enamora de los insectos hasta el punto de que se dejaría devorar por ellos, porque cree descubrir en sus diminutos corazones el más codiciado misterio de la vida y la escondida razón de la existencia. Eso es lo que digo yo.

La recatada hetaira acaricia sus carnes frescas y aspira los efluvios de la rosa roja de los lupanares mientras espera la llegada del milagroso amor desconocido que crece, hermoso y dolorido, a la sombra de un sueño apenas entrevisto. Eso es lo que digo yo.

Lo cierto es que me asisten razones poderosas para asegurar lo que muchos de ustedes, sin duda, han sospechado ya, que los personajes hablan y hablan, giran y dan vueltas sin encontrarse nunca, porque su deseo más verdadero y ferviente es el de acabar convertidos en estatuas. Eso es lo que digo yo.

Y, naturalmente, debo aclarar, antes de seguir adelante, que la voz primera, que es la de ella, corresponde a Alicia y que la voz segunda, que es la de él, corresponde a alguien que no tiene nombre, aunque sea conocido por el apelativo de El Hombre del tabardo verde. No queramos saber más de momento, que ya iremos familiarizándonos con ellos.

Escena II

En el escenario, un saloncito funcional con los elementos imprescindibles. Mesita baja de cristal, sillas de diseño moderno, estanterías con libros y diversos cachivaches, lámparas de pie y de mesa y algún búcaro con flores que empiezan a marchitarse. También habrá un gran vídeo.

Entra LEONOR con aire cansino y se deja caer en un silloncito.

LEONOR.- Señor, señor, qué agobio; es un desastre. Estoy derrotada, sin fuerza y sin ánimo...; el temblor de las manos, este sudor frío en la cara me saca de quicio. Siento esa zarpa en el pecho que me desgarrar la carne. Esta casa me ahoga. **(Toma un libro manoseado y lee con desgana.)** Sentada en el rincón más lejano de la sala, protegida por las cortinas de terciopelo negro que ocultan mi rostro a las miradas curiosas de los invitados, guardo mi secreto de mujer enferma entre los pliegues del vestido de noche. Y sobre las ruinas del pasado quiero construir el nuevo palacio que ha de albergarnos a los dos, a sabiendas de que el mar anegará sus cimientos y de que el viento asesino del otoño pasará llevándose a las tristes regiones de la niebla este último rayo de esperanza... **(Arroja el libro, hastiada.)** ¡Bah!, cuánta simpleza: palabras huecas, sentimientos falsos. Los libros están llenos de mentiras. **(Pasea, nerviosa, desconcertada.)** Los años pasan, cada día me salen más arrugas en la cara, y ya me falta valor hasta para mirarme al espejo... Un día de éstos voy a romper todos los espejos de la casa. **(Toma un búcaro y acaricia descuidadamente las flores ajadas.)** Cómo no se han de marchitar las flores en este aire viciado. **(Se mira en el espejo.)** Leonor, Leonor, te has equivocado. ¿Por qué te casaste con un hombre que desde el primer día te hizo el amor con los ojos cerrados, para no verte? Nunca he sabido quién eras, Anselmo, no te conozco.

(LEONOR se mueve agitada y con pulso incierto conecta el vídeo, para después tomar asiento y contemplar el espectáculo de indudable pero desordenado contenido pornográfico, ya que en el se mezclan miembros, muslos, senos, penes, en confusa y vertiginosa amalgama. LEONOR mira la película con arrobamiento, en un ambiente de gran silencio.

De pronto, cual una súbita aparición, se ve a SILVIO, quien entra por la derecha y se queda inmóvil y ausente, aureolado por su belleza impasible, observándolo todo con descuido, ajeno a lo que sucede a su alrededor LEONOR, al verle, se muestra alterada.)

¿Qué haces aquí, muchacho?... No, no es eso lo que quiero decir. Has hecho muy bien viniendo... Sólo que estaba pensando en mis cosas... y ya me había olvidado de que estabas en casa.

SILVIO.- He estado perdiendo el tiempo en el laboratorio y al ver que oscurecía y el doctor no llegaba...

LEONOR.- ¿Es que te ha dejado solo en ese invernadero?

SILVIO.- (**Musita y asiente.**) Sí. Estaba aburrido y me he adormilado.

LEONOR.- ...En el que falta el aire para respirar... Parece increíble... Qué hombre desconsiderado, no tiene maneras. Es puro egoísmo. (**Habla nerviosamente, al darse cuenta de que el vídeo sigue proyectándose.**) Pero no te quedes ahí como un pasmarote. Entra y acércate. No te veo bien.

SILVIO.- (**Se acerca despacio, impasible, altivo.**) Si usted lo desea.

LEONOR.- Siéntate a mi lado... no, antes de sentarte, quédate así un momento, tal como estás... Quiero ver lo apuesto que eres... Estás muy pálido. Tu cara es blanca como una mañana clara en el campo, un amanecer limpio... (**Grita.**) ¡No me engañes, por favor! No me mientas como ellos me mienten.

SILVIO.- Esta luz me ciega los ojos.

LEONOR.- Estoy agotada, ¿sabes, muchacho?...; el frío ha entrado en mis huesos y no encuentro modo de calentarme... Me estremezco, empiezo a tiritar en cuanto me meto en la cama y no paro en toda la noche por más mantas que me eche encima... Mírame a la cara... sonríe, por favor, sonríe. Te parezco una mujer acabada, ¿verdad?

SILVIO.- No sé, no me he fijado, no puedo verla bien.

LEONOR.- Sí, claro, ni siquiera me has visto. Soy una mujer transparente. Pero qué más da, ya estoy acostumbrada... ¿Quieres hacerme un favor?

SILVIO.- Sí, claro, lo que usted diga.

LEONOR.- ¿Ves ese búcaro de cristal verde? Sí, ése, el que está sobre la consola. Cógelo... presta atención, con las dos manos..., no se te vaya a caer. Lo llevas al cuarto de baño. Llénalo de agua... A ver si es posible que esas flores ajadas recobren un poco de lozanía.

SILVIO.- Cuidaré de que no se rompa.

(**SILVIO va a atravesar el escenario pero, cuando pasa junto a LEONOR, ésta le sujeta.**)

LEONOR.- Hijo, mírame otra vez... ¿Sabes que tienes unos ojos preciosos, una mirada felina de cachorro tierno y salvaje?... Pero, son tan extraños, ¿de qué color son? Ojos azules, dorados, grises, acaramelados... sí, eso es, acaramelados, de color caramelo, y tan bellos, tan penetrantes.

(SILVIO se desprende y sigue su camino.)

(**Aturdida.**) Tan hermosos y fieros que me asustan.

(SILVIO coge el búcaro y sale silbando.)

Es todo tan extraño... Un niño, un adolescente turbador y enigmático. Y yo, una mujer que, a pesar de los años vividos, no tiene la menor experiencia. Me desconcierta su silencio, esa mirada fija y profunda que no puedo sostener sin bajar la cabeza. No sé cómo comportarme con él.

(**Entra SILVIO con el búcaro en la mano, que va colocar sobre la consola.**)

No, no las dejes ahí. Pónlas encima de la mesa.

(SILVIO coloca el búcaro sobre la mesita y se queda allí de pie, quieto, expectante.)

Me gustan las flores, me gusta tenerlas cerca, acariciarlas, respirar su perfume hasta sentirme llena de su esencia... Pero ¿qué haces ahí de pie? Pareces una estatua de mármol. Siéntate, por favor.

SILVIO.- (**Se sienta.**) Se está haciendo tarde.

LEONOR.- Si acabas de llegar y apenas has abierto la boca. Dime algo, muchacho, cuéntame alguna cosa de tu vida... ¿Cómo te llamas?

SILVIO.- Silvio.

LEONOR.- Silvio, Silvio, Silvio... un nombre sugerente, distinto... Suena a bosque, al rumor de la vida silvestre. Y es que tú también eres diferente, un chico distinto a todos los demás... ¡Ah!, qué despiste, se me olvidaba, yo me llamo Leonor.

SILVIO.- Vine porque el doctor me recogió en el parque. Estaba anocheciendo y empecé a sentir frío... Dijo que si accedía a que me estudiara en el laboratorio, dormiría bajo techado y me pagaría un jornal. (**Calla fatigado, como si le costara un gran sacrificio hablar de sí mismo.**)

LEONOR.- Claro que sí, hijo. Dormirás en casa, descansarás sin ser molestado por nadie... Pero antes de irte a la cama has de comer algo. Seguro que todavía no has cenado, ¿verdad? No me engañes.

SILVIO.- No, pero tampoco importa. No se moleste.

LEONOR.- Si sólo será un pisolabis. En un momento lo preparo... No es ninguna molestia.

SILVIO.- No tengo hambre.

LEONOR.- ¡No tienes hambre! ¡Qué dices! Esos ojos hundidos en sus órbitas, la mirada sin luz te delatan. Se te podrían contar todos los huesos.

SILVIO.- Se lo agradezco mucho...

LEONOR.- Ya sé que tengo años para ser tu madre, y que me ves lejana y rara... pero, por lo que más quieras, tutéame, trátame de tú como tratarías a tu madre.

SILVIO.- (**Confundido.**) Gracias, estoy aturdido... No sé cómo decir las cosas, no acierto a expresarme. Vengo de un país del que apenas guardo recuerdos pero en el que era difícil hablar con la gente. De eso estoy seguro...; tal vez porque me relacionaba con muy pocas personas. Siento que todo esto es confuso. No me apetece cenar, no me agrada meterme en una cama, no sabría dormir en ella... La verdad es que me siento prisionero entre estas paredes... Apenas puedo respirar y la luz de las lámparas me deslumbra.

LEONOR.- (Excitada, nerviosa.) ¡Ya lo entiendo!... Te las das de salvaje, de jovencito puro que no conoce el mundo (**Alzando la voz.**) Claro, por eso es por lo que te has dejado engatusar por mi marido. A saber que es lo que te propones entrando en la casa sin que nadie te haya llamado.

SILVIO.- ¿Por qué grita? ¿Por qué se enfada conmigo? No la comprendo... Fue Anselmo quien me trajo a la fuerza.

LEONOR.- Te he pedido que me tutearas...

SILVIO.- Está bien... aunque me cuesta trabajo... No estoy acostumbrado a esas familiaridades.

LEONOR.- (Atemorizada.) Tal vez, es que has visto la película que se proyectaba en la pantalla del vídeo... Pues no debes juzgarme a la ligera, sólo por la primera impresión. Tu madre no hace tal cosa, claro que no, ninguna señora de mi edad, en su sano juicio, se regodea con esas obscenidades... A pesar de todo, no creas que me he vuelto loca. ¡No soy una mujer viciosa!

SILVIO.- No he visto nada, de verdad; no me he dado cuenta.

LEONOR.- No somos iguales, Silvio, eso lo sabemos todos; cada uno hijo de su padre y su madre. Por eso, atreverse a juzgar a los demás no deja de ser una temeridad... Y mucho más cuando se trata de una mujer que ha consumido su juventud junto a un hombre que, de repente, se convierte en un desconocido... Sobre todo, cuando está sola, día a día, noche tras noche, siempre sola... Cuando detesta el silencio y ha de permanecer siempre callada... Necesito hablar con alguien, contar las cosas que me suceden; necesito reír y llorar y sentirme acompañada... Esas figuras del vídeo no son humanas, es cierto, sino máquinas de hacer el amor, meras herramientas, objetos para usar y tirar; sin embargo, se tocan, se acarician, unen sus cuerpos, y cada uno de esos cuerpos siente que hay otro cuerpo a su lado.

SILVIO.- Esas son cosas tuyas, Leonor... Yo he venido para trabajar en el laboratorio... Anselmo, el doctor se llama Anselmo, ¿no es cierto?, prometió pagarme y fijar un horario de trabajo... Realmente, es una tarea penosa. No sólo he de responder a muchas preguntas que no entiendo, sino también soportar sin quejarme el casco que me pone en la cabeza, y todas las otras pruebas a que me somete.

LEONOR.- (Violenta.) ¿Y te ha pagado? Claro que no; ni un céntimo. Eso te pasa porque no conoces a mi marido. Pero yo te voy a decir quién es... Un explotador que no sabe qué es la conciencia; un vampiro que chupa la sangre a sus víctimas, sin importarle lo más mínimo si van a vivir o a morir.

SILVIO.- Dijo que dormiría bajo techado. No dijo que dormiría en una cama, sino bajo techado, simplemente a cubierto.

LEONOR.- Nos hace la vida imposible. Mis hijos huyen de casa.

SILVIO.- Esos problemas familiares no me interesan. Son cuestiones íntimas de las que no debo ni enterarme.

LEONOR.- ¿Acaso, tú no perteneces a ninguna familia? ¿No la has tenido nunca?

SILVIO.- He preferido olvidarlo. No me gusta hablar de ello.

LEONOR.- Creo que haces bien. La familia no proporciona sino preocupaciones y sobresaltos; pronto se convierte en un semillero de discordia. Las relaciones familiares duran demasiado tiempo y siempre van a peor... **(Soñadora.)** Si fuéramos dulces y discretos como estas rosas que no se dejan casi ni mirar... No, no la toques más, ésta es la rosa. ¿No lo dijo así el poeta?

SILVIO.- Se ha hecho tarde. Me tengo que marchar.

LEONOR.- Y dále... ¿pero cómo te vas a marchar a estas horas? Si es noche cerrada y está helando. Te quedarás con nosotros.

SILVIO.- Es que no sé qué decirte. No tengo palabras, soy un muchacho rústico.

LEONOR.- (Con impaciencia.) Me das miedo. A pesar de la mirada inocente de tus ojos acaramelados, de tus gestos modosos, de tu respetuosa actitud, veo que te debates en una lucha sin cuartel. Reniegas del pasado porque no te perteneces. Eres seco de corazón, no tienes escrúpulos.

SILVIO.- (Insinuante, con astucia.) Si piensas eso de mí, no deberías invitarme a pasar la noche en tu casa.

LEONOR.- (Muy nerviosa.) Tengo miedo, sí, pero me encuentro tan sola, me asusta tanto la vejez que ni siquiera puedo escucharme a mí misma. Necesito oír la voz de la juventud porque es la voz de la vida.

SILVIO.- Dura todo tan poco, señora... Hoy estamos aquí; he venido al laboratorio, durante la tarde entera he trabajado con Anselmo, pero mañana no sé dónde voy a estar, no puedo saberlo. Pasan tantas cosas en un momento... de pronto, todo cambia... Por eso es tan difícil comprometerse..

LEONOR.- Vamos, no se hable más. Te quedarás a dormir en casa, al menos esta noche.

SILVIO.- (Dejándose querer, insinuante.) Tal vez tengas razón... Se está tan calentito, tan seguro, resguardado en este salón... y, además, me encuentro tan cansado. Me da miedo salir a la calle.

LEONOR.- A ese tétrico parque en el que se cometen verdaderas atrocidades.

SILVIO.- (Bosteza y se estira.) Perdona, se me abre la boca.

LEONOR.- (Zalamera.) ¡Ah!, pillín, estás muerto de sueño; se te cierran los ojos.

(LEONOR lleva a SILVIO del brazo. Le estrecha con cariño y, tímidamente, le besa en la frente. Parlanchina, voluble, seductora.)

Con los años he aprendido a saborear el minuto que pasa, ¡qué remedio!... No está bien lo que hacen con nosotros; no, no es justo lo que nos ocurre... Estoy decidida a llegar hasta el final.

SILVIO.- (Enigmático.) Algún día el viento soplará más fuerte, aunque no sea más que para llevarse esta basura... para que el mundo huelga de otra manera.

LEONOR.- Uy, qué palabras difíciles. No las he oído; y no pienso oír las porque me dan miedo... Como si nada hubieras dicho... (**Voluble, cambiando de asunto.**) Te hago la cama en un periquete. Vas a dormir en la habitación de Pablo... Es un haragán tremendo, lo tiene todo manga por hombro. Cuando se desnuda echa la ropa al suelo, y allí se queda, amontonada... Lo que se dice un desastre pero, sin embargo, no se queja nunca. En realidad, no se queja de nada. Es como si no se diera cuenta, como si no viera las cosas que hay a su alrededor... Parece que no es de este mundo.

SILVIO.- Hablas mucho, Leonor, y muy deprisa. No puedo seguirte.

(**LEONOR pasa el brazo por el hombro de SILVIO y lo atrae hacia sí con dulzura. SILVIO se deja hacer salen los dos, pero aún se oye la voz pastosa e insinuante de LEONOR.**)

LEONOR.- Sí, conocerás a los chicos... son jóvenes como tú; os llevaréis bien. Un poco rarillos, pero tú tampoco eres lo que se dice un libro abierto... Es verdad que no hablan mucho, se pueden pasar días enteros sin decir una sola palabra. Dejados, también son, muy perezosos, les cuesta un mundo moverse... Tristes, qué sé yo... a veces se muestran inquietos. Sin decir nada a nadie salen disparados a la calle, igualito que si los llamara el diablo, y tardan días en volver. En esta casa la vida se hace difícil, Silvio, difícil e imprevisible...

(**LEONOR y SILVIO salen. Entra RODRIGO, el narrador.**)

RODRIGO.- Creíamos tener las riendas en nuestras manos y, sin embargo, el caballo loco se ha desbocado, lanzándonos a la tierra donde yacemos perplejos y maltrechos. Eso es lo que digo yo.

El joven morador de las tinieblas, devoto de la oscuridad y el silencio, ha tropezado en los zarzales del camino y sus lágrimas testimonian que ha dejado de creer en la prodigiosa soledad del mundo. Eso es lo que digo yo.

Él oye que un poeta blasfemo escribió unas páginas cariñosas dedicadas a su cuerpo delicado y viril, pero sabe que las letras son cifras de un juego de lenguaje que no entienden los habitantes del mundo conocido. Eso es lo que digo yo.

Los años pasaron lentos y callados por el espejo en el que la vieja dama contempla entristecida el deterioro de su corazón herido, cuyos presurosos latidos le susurran que los hijos de Dios y herederos de su gloria son unos pobres hombres, tan pobres que dudan incluso de haber nacido. Eso es lo que digo yo.

En el centro más profundo del bosque sopla el viento que lleva a los enamorados el eco de una esperanza imposible y los jóvenes elegidos del Olimpo se debaten en las enredaderas que el destino colocó a su paso. Eso es lo que digo yo.

Las olas del mar suenan lejos y el río salvaje y brioso que languidece al anochecer, reflejado en las porcelanas del salón, es como un cuento en la boca de un niño que no supiera contarlo. Eso es lo que digo yo. Siempre es posible que la mañana amanezca limpia, que las estrellas nos ofrezcan una cara nueva, o que la ruleta gire hasta que la bola caiga en el punto de inflexión donde la tentación pueda ser vencida. Eso es lo que digo yo.

Escena III

LEONOR y ANSELMO están sentados en sendas butacas, en el saloncito. Ella lee una revista del corazón, entre cuyas páginas esconde, sin duda, hojas sueltas de alguna publicación más atrevida. Él se entretiene cosiendo unos calcetines.

ANSELMO.- (Se pincha con la aguja de coser y lanza una exclamación en voz muy baja.) ¡Uy, leches, qué torpe soy!

LEONOR.- ¿Qué?

ANSELMO.- ¿Cómo?

LEONOR.- ¿Has dicho algo?

ANSELMO.- No, no; me he pinchado.

LEONOR.- Ya me extrañaba a mí que dijeras algo.

ANSELMO.- ¿Sabes la hora que es, Leonor?

LEONOR: Las ocho y cuarto, pero que más da... El tiempo pasa pero nada cambia... Te aburres conmigo, ¿verdad?

ANSELMO.- Nos aburrimos los dos.

LEONOR.- (Burlona.) ¿Ya no te entretiene coser calcetines?

ANSELMO.- Una labor rutinaria como otra cualquiera.

LEONOR.- Así evitas pensar.

ANSELMO.- Lo mismo podría hacer solitarios o jugar al parchís.

LEONOR.- (Burlona, hiriente.) Claro, sería mejor que alternaras unas distracciones con otras. Una para cada día de la semana. Y que lo apuntases en una de esos papelitos pringosos que llevas en los bolsillos, que no sé para qué demonios los usas.

ANSELMO.- Para tomar notas sobre la marcha... Ocurrencias ociosas... El caso es pasar el tiempo.

LEONOR.- (En tono irritado.) Y no desperdiciar las palabras.

ANSELMO.- Realmente, hemos hablado demasiado a lo largo de nuestras vidas.

(LEONOR le mira fijamente, sorprendida y con evidente irritación.)

Sí, es cierto lo que digo, ¿o no?... Nos hemos preocupado por tantas cuestiones inútiles...; problemas que no son problemas porque carecen de cualquier solución...

LEONOR.- Una actitud que no tiene nada de científica, ¿no es así?

ANSELMO.- Infinidad de conversaciones, siempre las mismas, perdiendo el tiempo y haciéndoselo perder a los demás... Antes de hablar deberíamos pensarlo dos veces. Y tener presente aquello de que es mejor no hablar cuando no se tiene nada que decir.

LEONOR.- Perfecto; entonces, cállate y déjame leer la revista.

(Se hace un largo silencio, durante el cual LEONOR lee y ANSELMO sigue cosiendo los calcetines.)

ANSELMO.- Ni siquiera sabemos lo que nos pasa.

LEONOR.- (En un susurro.) Yo lo sé muy bien.

ANSELMO.- Seguramente, esperamos algo.

LEONOR.- (Con rencor.) Pues siéntate y espera... ¡Paciencia, que yo no te acompaño porque ya he encontrado lo que buscaba!

ANSELMO.- (Sonriente, con cinismo.) No te entiendo, Leonor... mira que te gusta hacerte la misteriosa. Pero si ninguno de los dos lo sabemos.

LEONOR.- No te preocupes por mí... He aprendido mucho estos últimos días... Todo lo que nadie me había enseñado en cincuenta años de vida.

ANSELMO.- (Se levanta de la butaca, dando muestras de inquietud.) La inactividad me altera los nervios. Estoy desazonado. **(Pasea, nervioso, a grandes zancadas.)** Es monótono y cansino... Todas las tardes, los mismos movimientos... Es como si tuviéramos que seguir al pie de la letra un guión escrito que siempre interpretamos de la misma manera... Una falta de imaginación pavorosa.

LEONOR.- ¿Quieres estarte quieto, por favor? No me dejas leer.

ANSELMO.- (Despreciativo.) ¡Bah!, esas paparruchas... revistillas baratas que relatan fantasías imposibles. Es vivir en un mundo de mentiras coloreadas, pura mierda.

LEONOR.- ¿Acaso prefieres que ponga el vídeo?

ANSELMO.- Da igual: son las mismas imágenes pero en movimiento.

LEONOR.- (Desafiante.) Alegran la vista y alumbran una chispa en el corazón.

ANSELMO.- Lo que nos faltaba... cursi y obscena, una mezcla explosiva.

LEONOR.- No deberías hablarme en ese tono... Para decir lo que dices será mejor que calles.

ANSELMO.- (Despreciativo.) Haz lo que te dé la gana. Estás en tu casa.

LEONOR.- (Irritada.) La luz acaba de pegar un bajón. Como todas las noches.

ANSELMO.- (Con rabia.) ¡Qué cabronada! Entonces, no podré volver al laboratorio.

LEONOR.- ¡Cómo no! Ya salió el laboratorio. Te pasas el día entero enclaustrado entre esas cristalerías húmedas que parecen a punto de estallar a causa del calor pegajoso que despiden los alambiques y las retortas. Y no contento con eso, ahora quieres encerrarte de noche también.

ANSELMO.- Sí, señor, a veces aciertas, y en este momento has dado en el clavo. Ayer mismo llevé allí la cama. Y esta noche pienso dormir en ella.

LEONOR.- Entre tubos de ensayo y calderas hirvientes. Como si viviéramos en plena Edad Media y tú fueses un alquimista tronado... Ese olor a veneno que te entra en los pulmones todos los días de Dios acabará dejándote seco.

ANSELMO.- No sabes lo que dices. Son trabajos del más alto interés científico.

LEONOR.- (En tono desdeñoso.) Trabajos científicos... cualquier cosa es ciencia para ti. Como si no viéramos a los desarrapados que escondes en tu laboratorio... Mendigos encanallados, prostitutas, viejos achacosos, visionarios místicos enloquecidos por el dolor y la confusión de sus mentes... ¿Qué haces con esa caterva de desgraciados...? ¿Para qué los quieres?

ANSELMO.- Son sujetos experimentales dispuestos a colaborar desinteresadamente en unas investigaciones de alto riesgo, las cuales, por cierto, avanzan a pasos agigantados.

LEONOR.- Conejillos de Indias, tan sólo. Te aprovechas de ellos porque están muertos de hambre.

ANSELMO.- No tienen que hacer nada; únicamente dejarse analizar. Es cuestión de paciencia: algo que no les cuesta el menor esfuerzo, acostumbrados como están a pasarse días y años esperando a alguien que no llega nunca.

LEONOR.- Eliges siempre a los más desgraciados, a aquellos que no se defienden porque no tienen nada que perder.

ANSELMO.- Es la única manera de conseguir que unos experimentos tan comprometidos lleguen a feliz término.

LEONOR.- (**Furiosa.**) Eres un miserable, no tienes compasión de nadie. Estoy segura de que ni siquiera los miras cuando trabajas... aunque los tengas delante mismo de tus narices.

ANSELMO.- Es inútil, no quieres entenderlo. Aunque te lo explicara con todo detalle jamás lo comprenderías.

LEONOR.- Ah, sí, sí, claro, te casaste con una mujer tonta. Ésa fue tu equivocación... Pero lo que de verdad no comprendo es cómo sigues conmigo si tú eres tan inteligente.

ANSELMO.- Está bien... Es lo mismo; no nos hace falta entendernos. Volveré a mis queridos calcetines, compañeros humildes, silenciosos. ¿Sabes que tengo una colección de ellos?... de todos los tamaños y colores, de las más lejanas procedencias.

(Entra ALICIA. Parece estar cansada y triste. Lleva la ropa desordenada, tiene el cabello revuelto. Camina con cierta inseguridad, no en vano ha pasado varias noches sin dormir. En su rostro demacrado se marcan profundas ojeras.)

LEONOR.- (**Al ver a ALICIA, con retintín.**) Buenas noches.

ALICIA.- (**Cansina.**) Buenas noches a los dos.

LEONOR.- Es de suponer que habrás disfrutado a tope, ¿no se dice así?, durante todos estos días y estas noches que has faltado de casa.

ALICIA.- ¡Bah!, nada del otro mundo.

ANSELMO.- (Con cinismo.) Has entrado de puntillas, sin hacer ruido. Como si quisieras pasar desapercibida.

ALICIA.- Para que no os despertarais. No son horas... Pensaba que estaríais durmiendo. Por lo que se ve tenéis mucho que deciros.

LEONOR.- Tu padre y yo no tenemos nada de qué hablar.

ANSELMO.- (A ALICIA.) No hagas caso, nos has pillado in fraganti, con las manos en la masa. A tu madre leyendo esa revista entre cuyas páginas esconde fotografías picantes, y a mí cosiendo calcetines... un entretenimiento que no sólo evita pensar, como dice Leonor, sino que también puede llegar a fascinarme.

(LEONOR mira fijamente a ANSELMO, dando nuestras de fastidio.)

LEONOR.- (Irritada, a ALICIA.) ¿Y no puede saber tu madre con quién has estado? Vienes ajada y maltrecha, con unas tremendas ojeras.

ALICIA.- (Con tono derrotado.) No es para tanto, mamá, no exageres... Bueno, pues he estado con unos compañeros de clase... una pandilla de niños pijos, con el pelito rizado, unos meones, que sólo se lo pasan bien jugando a ver quién de todos ellos tiene la polla más grande.

LEONOR.- (Extrañada y furiosa.) Pero ¿qué quieres decirme? ¿Qué son esas tonterías?

ANSELMO.- (Sin levantar la vista de la costura, dejando caer las palabras lentamente.) Y tú habrás disfrutado ayudándoles... frotando con las dos manos, a conciencia, para cerciorarte de que entregabas el premio al justo ganador.

LEONOR.- Es bochornoso, ¡qué desvergüenza!... No soy una mujer mojigata... Tengo mis años y aunque sólo fuera por los siniestros personajes que, a diario, entran y salen del laboratorio, ¿de qué iba a espantarme? Pero eso que cuentas, Alicia, perdona que te lo diga, es una mamarrachada... Con alguien más habrás estado... Porque no puedo creer, de verdad no lo creo, que hayas pasado cinco días con sus noches en compañía de esos idiotas.

ANSELMO.- (**Mordaz, a LEONOR.**) Sin aspavientos, Leonor, te lo ruego.

LEONOR.- (**Muy enojada, a ANSELMO.**) ¡Vete a la mierda!

ALICIA.- Mamá es aspaventera, qué le vamos a hacer. Está en su derecho de ser como quiera... Pero es que vosotros os lo decís todo. No me dejáis hablar... Pero si os interesa puedo seguir contando aventuras.

ANSELMO.- Más bien historietas de escaso interés.

LEONOR.- Estoy esperando.

ALICIA.- Bueno, también me reuní con unas chicas cursis y estrechas, de esas que se ríen a carcajadas sin saber de qué ríen, que corren a saltitos y gritan como lechuzas cuando a su lado pasa, y ni siquiera las roza, un muchacho con pantalones ajustados, marcando paquete... En fin, unas memas sin gracia como tantas otras que se tumban en el césped del campus universitario con el primer chico que esté dispuesto a abrazarlas.

ANSELMO.- (**Socarrón, a LEONOR.**) No yerro, Leonor, no yerro, cuando digo que el único sitio en donde se puede vivir tranquilo es el laboratorio... Los alambiques son mudos y muy agradecidos.

LEONOR.- (**A ANSELMO.**) Contigo no hablo.

ANSELMO.- Hago el firme propósito de no salir nunca, de quedarme para siempre enclaustrado.

LEONOR.- (**Profundamente fastidiada, a ALICIA.**) ¿Y tú, acaso, te quedas mirando a esos chicos desvergonzados, o participas en el festín?

ALICIA.- Depende... A veces me echo encima de ellos y nos magreamos los tres; otras veces me rechazan a manotazos. Entonces, les tiro piedras y escapo corriendo.

LEONOR.- (**Exasperada.**) ¿Y qué más? ¿Alguna otra ocurrencia? Un chiste que nos haga reír a carcajadas.

ALICIA.- (Cansina, aburrida.) No sé. Pasas el día dando tumbos... Encuentras a personas rarísimas. Los moradores de la noche son apresurados y pintorescos... A veces pienso que no me gustan los hombres. Te abrazan sin fuerza y sientes sus manos heladas sobre la espalda... Deseas echar a correr pero notas que no eres capaz de moverte; te has quedado clavada en el suelo. Después, un poco más tarde, has de sufrir las agobiantes caricias de un sádico que pasa a tu lado. Éste tiene las manos sudadas, unas manos nerviosas que intentan refugiarse en el calor de mi seno... Me entran ganas de escupirle a la cara. Entonces alguien me besa como si fuese la última vez que lo hiciera, me besa con desesperación, pero sus labios están fríos, yertos, es como si me besara un cadáver, y, además, huelo su aliento denso, nauseabundo, apestoso. Soy una mujer expuesta a todos los vientos. Y me entran unas enormes ganas de morirme.

LEONOR.- (Asustada.) ¡Basta ya! No sigas... No, no me asusta lo que dices... Al fin y al cabo es la íntima desazón que las mujeres guardamos muy dentro, sin atrevernos a contárselo a nadie. Tú lo sueltas de golpe, en un grito..., tal vez sea mejor así... Lo que me asusta es la frialdad de tu cara, ese aire cansino y tranquilo, la media voz con que dices las cosas, como si estuvieras hablando del tiempo que hace.

ANSELMO.- Somos banales y no nos importa. Al revés: lo tenemos a gala. Gentes de liviano pensamiento y voluntad frágil... Como corresponde a la época en la que nos ha tocado vivir.

ALICIA.- (Con cierta energía.) No, padre, no; simplemente, hombres y mujeres que se lo montan de otra manera... Qué voy a decirte. Tú los conoces. Los analizas en el laboratorio... Son los paseantes de la noche; aquellos que se detienen junto a nosotros en las calles estrechas y nos desnudan con sus miradas turbias.

ANSELMO.- (Cínico.) Los conozco, es cierto, conozco a esos hombres desamparados pero nunca confraternizo con ellos. Simplemente, los utilizo en mis experimentos.

LEONOR.- (Indignada, a ALICIA.) ¡Es terrible! Me da miedo escucharte. Es todo malsano... como si desde que has entrado en casa olera a podrido. Ni una sola vez te he oído hablar de amor... de deseo, si quieres... un deseo incluso lascivo, pero natural... ¿Es que nunca te han acariciado, Alicia? ¿Nadie te ha dado cariño?

ALICIA.- (Con dureza.) Sí, claro, el Hombre del tabardo verde. Me besa en la boca e, incluso, se acuesta conmigo.

LEONOR.- (Alarmada.) ¿Quién?

ALICIA.- ¡Ah!, ¿es que no le conoces?

LEONOR.- (Gritando.) ¡No! ¡Yo no conozco a nadie! ¡No salgo de casa!

ALICIA.- ¿No? ¿de verdad? Pues es una lástima... Lo siento por ti.

LEONOR.- (Indignada.) Eso es una insolencia... Aborrezco a las mujeres impúdicas.

ALICIA.- Tú te lo pierdes... porque te puedo jurar que es un amante refinado y experto.

ANSELMO.- Un diálogo aleccionador entre la madre y la hija. Para que luego digan que las distintas generaciones no se entienden.

LEONOR.- (Furiosa, a ANSELMO.) ¡Cállate de una vez! ¡Si supieras cómo detesto tus sonrisitas cínicas, y esos comentarios tan ingeniosos, que a mí maldita la gracia que me hacen!

ALICIA.- (En tono divertido.) El Hombre del tabardo verde aparece siempre a última hora. Cuando cansada de esperar, decido irme de allí, con la cabeza gacha... Pero, de pronto, le veo: es sólo una mancha en el horizonte, un pequeño bulto que se mueve lentamente, cojeando, con la dificultad propia de los años que tiene... Se diría un milagro pero ya está aquí; es cierto, ha caído desde las alturas...; ha debido de dar un salto mortal... o, ¿acaso lo ha empujado el viento? Camina encorvado, y lleva despeinados los cabellos blancos, sedosos, ensortijados... Empieza a dar vueltas alrededor de mí a la luz mortecina de los faroles de gas. Lanza la capa y en un vuelo intenta cubrirme con ella... Pero no te asustes, madre, sólo son juegos, travesuras... Y él, en el fondo, es inofensivo. Lo único que quiere es meterme mano... Yo le provocho pero, al final, me zafo de sus pesadas manazas... Lo extraño es que son unas manos fuertes y duras.

ANSELMO.- Vaya con el viejo rijoso, ejerciendo de galán enamorado con las jovencitas curiosas que les gusta jugar a ser pecadoras.

LEONOR.- (Indignada.) Y tú, ¿qué?, ¿le dejas hacer?

ALICIA.- ¡Uy!, qué bobada... ¿Qué voy a temer de un viejo flaco y arrugado que ni siquiera funciona?

LEONOR.- Qué asco da oírte. Todas las que salen de tu boca son palabras de burdel.

ALICIA.- A veces me acosa. Entonces, grito y me peleo con él; le rechazo con todas mis fuerzas. Él se cabrea y quiere... bueno, intenta pasar a mayores. De un manotazo, tiro sus gafas al suelo, y él se arrastra cegato, con la cara muy roja, como nunca se la he visto a nadie, y, ahogándose, me dice que soy una zorra, o lo que es peor, una calientapollas de mierda.

LEONOR.- Y eso te agrada, ¿verdad?... Disfrutas haciendo el amor con el viejo y, además, gozas cuando te pega.

ANSELMO.- No se puede negar que son emociones fuertes.

ALICIA.- Qué sé yo, ni yo misma lo entiendo... Es diferente, un hombre distinto que me sorprende siempre. Lo hace de otra manera... cada día se le ocurren cosas nuevas, cosas que a los chicos de mi edad ni se les pasan por la cabeza.

LEONOR.- (Muy desazonada.) Ya no me quedan lágrimas, Alicia; sólo siento una enorme vergüenza. Quisiera esconderme en un rincón dónde no tuviera que oír de mi hija tales perversiones.

(Entra PABLO. Es un muchacho alto y agraciado que, sin embargo, parece encoger en cuanto entra en la casa. Habla en voz baja, vencido por la desidia y una extraña, timidez casi patológica; y nunca mira de frente. Diríase que, al bajar la cabeza, pretende esconderse de las turbadoras miradas ajenas. En cuanto se le oye hablar se advierte que detesta a ALICIA, su hermana, como ella le detesta a él.)

PABLO.- ¿Qué tal, madre?

LEONOR.- Estoy trastornada.

PABLO.- ¿Lo dices en serio?

LEONOR.- (Gritando.) ¿Tú cómo crees que se puede estar tratando a diario con esta familia, oyendo todos los disparates que os viene en gana decir?... Me parece estar viendo visiones. Acabaréis volviéndome loca.

PABLO.- No estarás enfadada conmigo... Hoy me recojo temprano. Sólo son las doce.

ANSELMO.- Acaban de dar las campanadas en el reloj del Ayuntamiento.

ALICIA.- Pero vienes bebido.

PABLO.- ¿En qué lo notas, hermanita?

ALICIA.- Hueles a alcohol que apestas.

PABLO.- El ángel de la familia tiene un instinto especial para detectar borrachos... ¿Es que tú no te emborrachas nunca?... Pues si no bebes, no meas, está claro. Habrá que compadecerte.

ALICIA.- (Con mala intención, a PABLO.) ¿Has visto al Hombre del tabardo verde?

PABLO.- Sí, y me ha dicho que tengas cuidado, que no vuelvas a hacer lo que has hecho hoy.

LEONOR.- (Gritando.) ¡No puede ser verdad! Tan sólo es una horrible pesadilla.

ANSELMO.- (Sarcástico.) Y nosotros, los tristes y errantes fantasmas nocturnos.

LEONOR.- (Gritando, a ALICIA y PABLO.) Pero, ¿de qué estáis hablando? ¿Quién es el Hombre del tabardo verde? Un mendigo, un demente, un ser peligroso ¿Quiénes son esas gentes perdidas?

PABLO.- (Hiriente.) Nada, que la señorita se ha puesto estrecha y no ha consentido que el tábano le clavara el agujón.

ALICIA.- (Insolente.) Gajes del oficio, él lo sabe... No voy a dejarme follar siempre que le entren apuros... Es un hombre experimentado; no, un pipiolo como tú.

PABLO.- Además le has atizado un golpe en la cara... estaba sangrando. Y has tirado sus gafas al suelo; se han hecho añicos.

ALICIA.- (Maligna.) ¡Cegato!, ¡temblón!..., ¡qué chiste!..., arrastrándose por el barrizal a la luz de la luna. Es para morirse de risa.

PABLO.- Jura que de ésta no se olvida, que tarde o temprano se la vas a pagar.

ALICIA.- Si digo no es que no, y punto final... Así aprenderá a estarse quietecito cuando la niña no tenga ganas de juerga.

PABLO.- (Con cinismo, a ALICIA.) Daba pena verle, viejito y llorón... Me ha suplicado como un niño chico, con los ojos llenos de lágrimas.

ALICIA.- (Con insolencia, a PABLO.) Y tú, que eres tan compasivo, has llorado con él. Le has abrazado tiernamente y has compartido su dolor y su sangre. Pero no te fíes, Pablo, es un viejo ladino. Hace eso para buscarte las vueltas.

PABLO.- Sé muy bien lo que desea de mí. Tanto como lo que yo estoy dispuesto a darle sin que me lo pida siquiera.

ALICIA.- Lo mismo que deseamos nosotros de él. Al fin y al cabo, todos navegamos en el mismo barco... O, ¿es que no te ha dado todavía por el culo?

(ANSELMO distraído de su labor por las palabras que oye a ALICIA y PABLO, rompe a batir palmas, alborozado.)

ANSELMO.- (Sardónico.) Ejemplar, Leonor, edificante. Son dos ejemplares de feria a cual más curioso. Si no existieran, habría que darles vida otra vez... ¿Estarías dispuesta a parirlos de nuevo?

LEONOR.- (Desolada, gritando.) Pero ¿qué queréis? ¿Hasta dónde os proponéis llegar? Os gustaría que anduviéramos todos a cuatro patas, que nos revolcáramos en el suelo. Pues vamos a hacerlo, vamos a tirarnos al suelo.

(LEONOR hace ademán de echarse al suelo, y PABLO intenta impedirselo, tomándola por el brazo. Forcejean; al fin, LEONOR cae al suelo, donde se arrastra durante unos instantes, hasta que PABLO la levanta.)

PABLO.- (Disgustado, con gesto agrio.) No tiene ninguna gracia que montes el número. Es un chantaje.

ALICIA.- Tampoco hay que llegar a esos extremos. Tal como somos resultamos suficientemente patéticos.

LEONOR.- (Desolada.) Nos hundimos. ¿Es que no os dais cuenta de que ya no podemos caer más bajo? Hay que reconocer que todo esto no es sino un enorme fracaso.

ANSELMO.- ¿Acaso te refieres a mí?

LEONOR.- A ti y a mí, a todos... a la casa y al mundo... ¡En qué tiempos vivimos! El caso es que ya no tenemos esperanza. Nos faltan las fuerzas. Hemos renunciado a salir de este pozo en el que nos ahogamos... Somos tristes y apáticos.

ANSELMO.- Sí, seguramente, hemos fracasado en toda la regla... Y, además, carecemos de ingenio para inventar recursos que nos ayuden a sobrevivir. Por eso yo me encierro en el laboratorio con mis colaboradores... Es mi talismán, la única tabla de salvación a la que aún puedo agarrarme.

LEONOR.- Y los demás, ¿qué? Que nos trague la tierra, ¿verdad?

PABLO.- (Recita en tono burlón.) Lo dice la vieja balada del Oeste americano: Las noches siempre son oscuras y los caminos, largos para los hombres sin estrella.

ALICIA.- (Con tono cansino.) Bueno, el malentendido está llegando a mayores... Entonces, lo mejor será dejarlo por hoy... Mañana será otro día.

LEONOR.- (Furiosa.) ¡No! No os vais a ir de rositas... No estoy dispuesta a sufrir más terrores nocturnos... La vida en esta casa va a cambiar; al menos para mí cambiará. Se acabaron las veladas de sonámbulos. Los fantasmas errantes regresarán al sepulcro... Cada uno es responsable de sus actos, de la felicidad o la desgracia de su miserable existencia... Sí, seréis responsables, vosotros también, de lo que hagáis dentro y fuera de casa. Habéis dejado de ser niños... Y no volváis, ¡nunca!, a pedirme socorro, que no tengo ningún consejo que daros. Las dudas, si alguna tenéis, consultárselas a ese Hombre del tabardo verde que os ha sorbido los sesos.

ANSELMO.- Yo tampoco me ocuparé de vosotros; no me necesitáis... Me retiro al laboratorio. Es una decisión largamente pensada... Allí me quedaré confinado; allí me servirán la comida; allí dormiré sin más sobresaltos que los que me cause mi propia conciencia; y allí, por fin, os perderé de vista.

PABLO.- Es decir, que nos iremos todos a la mierda.

ALICIA.- Cada uno por su lado, y sin pesadumbre ninguna. **(Aburrida y soñolienta, se deja caer al suelo entre bostezos.)**

LEONOR.- **(Con energía a PABLO.)** Nada de eso... Allá películas con vuestro abandono. Yo no pienso caer en esa desidia. Voy a resistir... ¡Con todas mis fuerzas! **(A ANSELMO.)** Ese muchacho que has encontrado en el parque se quedará en casa.

ANSELMO.- **(Extrañado, a LEONOR.)** ¿Es que ya le conoces? ¿Cuándo le has visto?

LEONOR.- Ha venido a verme porque le dejaste solo en el laboratorio... Es un muchacho triste, casi un niño desvalido, y sus ojos miran suplicando protección y cariño. Está solo en el mundo. Necesita una madre.

ALICIA.- **(Atenta, de pronto, y maliciosa.)** ¿Y es guapo ese chico?

LEONOR.- Guapo, ¿de qué? No lo sé, ni me importa. No tengo edad para fijarme en esas tontunas.

PABLO.- **(Malicioso.)** Bastante menos que el Hombre del tabardo verde.

ANSELMO.- **(A LEONOR.)** No debe permanecer en casa. Eso iría contra las reglas de juego.

LEONOR.- **(Con energía.)** En este caso las reglas de juego las establezco yo.

ANSELMO.- Los colaboradores son aves de paso. Se les contrata para un trabajo específico y cuando lo terminan deben marcharse.

LEONOR.- Pues éste no se irá.

ANSELMO.- La investigación científica no contempla la posibilidad de que se den relaciones afectivas entre patronos y colaboradores. Sería una situación peligrosa de consecuencias imprevisibles pero que, en cualquier caso, nos perjudicarían a todos.

LEONOR.- No le puedes despedir; no tendrías conciencia. Una criatura inocente expuesta a todos los peligros del mundo. Si volviera a dormir en el parque, ¿quién sabe lo que le harían esos vagabundos salvajes que tú traes a casa?

ANSELMO.- Está bien... si te empeñas haré una excepción. Pero yo no quiero saber nada. En cuanto termine su trabajo en el laboratorio, será como si no le hubiese visto nunca.

LEONOR.- ¡Mejor! Mucho mejor que no trate contigo.

ALICIA.- Lo quieres entero para ti... eh, mamá. Eres una acaparadora, la mayor cosechera.

LEONOR.- (**Furiosa, a ALICIA.**) ¡Descarada! Cómo te va a respetar nadie si no guardas respeto a tu madre.

PABLO.- Lo que yo me pregunto es qué hace esa joyita preciosa en el laboratorio... ¿Me oyes, papá? Tú, que siempre has cargado con los tipos más costosos que encontrabas en subterráneos y alcantarillas, ¿cómo es que recoges ahora a uno de esos dulces e inocentes mancebos en busca de protección, que vagan por el parque ajenos por completo a tus manipulaciones científicas?

(En este momento entra RODRIGO, el narrador, y los cuatro personajes que hablaban quedan mudos e inmóviles.)

RODRIGO.- Me perdonarán, señoras y señores, estoy seguro, que venga a interrumpir los decadentes diálogos de nuestros personajes, pero en esta ocasión no me ha sido posible cambiar de escenario. Y ya que no se marchaban, prisioneros como han quedado de sus propias limitaciones, me he visto obligado a hacerlos callar, para aparecer entre ellos resuelto a recitar mi papel.

Se sabe desde tiempos inmemoriales que el teatro es tan sólo un inacabado diálogo entre seres libres que quieren hacerse escuchar, sin conseguirlo nunca. Este fracaso continuado, sin embargo, no les hace desistir de tan desatinado empeño, sino que, al contrario se afanan en gritar cada vez con mayor fuerza sus trasnochadas opiniones.

A los ciudadanos de nuestra pequeña ciudad les asiste, sin duda, el derecho a interpelarse, sin tregua ni consideración alguna a un orden preestablecido de intervenciones, mas no cabe esperar que, al fin, lleguen a entenderse. Es que como cada uno tiene sus particulares razones, que no coinciden con las de su interlocutor, jamás pueden converger en un territorio común.

Y del desencuentro nace la tragedia.

A ello hay que añadir, por desgracia, al ser débil la carne, aunque el espíritu permanezca alerta, que los seres humanos enfrentados a sí mismos y entre sí, durante noches y días eternos, acaban por sentirse cansados. Renuncian a la dolorosa tensión del esfuerzo y se acurrucan en el suelo con una sonrisa derrotada en los labios y escondiendo el rostro entre los brazos. Llega el tiempo en el que Saturno regala amargas horas de melancolía y permite que nos extraviemos en la umbría selva del orgullo herido. Éste es el momento propicio para que el drama arda y se consume en sus propias cenizas, traspasado por el penoso recuerdo de las ocasiones perdidas.

Escena IV

El escenario tendrá la misma disposición y decorados que en la Escena I.

PABLO entra en escena andando muy deprisa. Lleva la camisa desabrochada y los pantalones medio caídos. Se tambalea; camina atolondrado, apoyándose en las paredes. Sin duda, parece estar algo bebido.

PABLO.- Qué asco tengo en la boca... qué ganas de vomitar. Es una resaca de mierda.

(EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE asoma su jeta
burlona junto a una esquina.)

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- (Cáustico.)
Apareces ante mis ojos cual alma en pena venida directamente
del purgatorio... ¿Tan mal te ha ido desde la última vez que nos
vimos?

PABLO.- Me he emborrachado a conciencia.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- Y una vez
más te sales con la tuya; acabas viniendo a las calles oscuras
como si fuera por casualidad... Pero no, no es así. Se trata de
una persecución en toda regla. Te haces el encontradizo porque
ansias contarme al oído las confidencias más obscenas.

PABLO.- Éste es el único sitio en el que puedo echar la
vomitona sin avergonzarme. Además, tú no me riñes. **(Se apoya
contra la pared del fondo e inclina la cabeza como si fuese a
vomitar, con grandes arcadas.)**

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- ¡Adelante!
No te prives... Estamos en el desierto y, por consiguiente, nadie
nos vigila.

PABLO.- (Compadecido de sí mismo.) No podía dormir,
¿sabes? Tenía los ojos como platos. Me daba vueltas la cabeza.

**EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- (Enfático
y con desdén.)** Los peregrinos de la noche se revuelven
inquietos en sus camas solitarias y salen de casa a medio vestir
para escapar de la oscuridad que los atemoriza... Atraviesan los
bosques espesos y saltan sobre los precipicios más hondos con
los ojos cerrados porque saben que todos los caminos conducen
al mismo punto de encuentro; allí donde los deseos prohibidos
y las pasiones ocultas no extrañan a nadie.

PABLO.- Era tan desagradable el hormigueo en las piernas...
Sentía una desazón terrible al darme cuenta de que no era capaz
de tragar. Se me había puesto un nudo en la garganta.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- Entonces, te entraron unos deseos enormes de correr... Pero, de pronto, caíste en la cuenta de que no ibas a parte alguna, y decidiste parar. Te refugiaste en las esquinas, de modo que el enorme ojo que todo lo ve no pudiera alcanzarte, fuera cual fuese el sitio desde el que te estuviera mirando... Aquí nos escondemos, Pablo, en este parque dejado de la mano de Dios, pues aquí está nuestra guarida... A la pálida luz de los faroles descubrimos que tan sólo somos calaveras blanqueadas; sombras de unos hombres que murieron hace mucho tiempo.

PABLO.- (Con tristeza.) Sombras de las sombras. Me encuentro triste y vacío; y no sé cómo voy a salir de este atolladero.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- Seco y hundido... Anda, apóyate en mi brazo, déjate conducir a una de esos paraísos artificiales que nos hacen perder la memoria.

PABLO.- Me voy a morir.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- No es tan fácil morir, no creas, pero sí decides hacerlo serás un exquisito cadáver... No te inclines, levanta la cabeza, respira hondo... Vamos despacio... que tenemos la noche entera para nosotros.

(EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE **sostiene a PABLO y le acompaña.**)

Estás temblando como un perro chico.

PABLO.- (Con voz quejumbrosa.) Es que de repente siento mucho frío.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- Y lloras, lloras en silencio como si alguien mereciera tus lágrimas.

PABLO.- (Inquieto, desazonado.) Estoy desconcertado, amigo. Soy un quejica, un pusilánime, y no lo entiendo... No sé, siquiera, quién soy. Necesito que tú me lo expliques.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- Lo mejor sería que fuésemos nadie; una mera sucesión de momentos sin sujeto real... La dicha completa que ni los estoicos, aquellos filósofos lúcidos, osaron soñar. Ahora no me comprendes pero lo comprenderás algún día... Eres demasiado joven, todavía.

PABLO.- (Enojado.) No digas eso.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- ¿Qué es lo que no debo decir?

PABLO.- Que soy joven y por eso no comprendo las cosas. Es lo mismo que me dicen en casa. Lo que dicen todos los que quieren salir del paso sin pringarse.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- Eres joven porque no sabes todavía que el esplendor y la miseria se dan la mano tanto en las mansiones más lujosas como en los más siniestros lupanares.

PABLO.- (Con innecesario orgullo.) Eso no es un consuelo... Nada me importa lo que les sucede a los otros. No sé qué significa para ellos el mundo, o la vida, ni quiero saberlo. Es el dolor, mi dolor, el que siento aquí dentro, arañándome el pecho.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- Quizá, por eso yo he escogido la soledad, acompañado de mis bichitos, eso sí. Con los cuales, por cierto, entablo sabrosos diálogos... Bueno no sé si la he escogido o es tan sólo el castigo de mis culpas, pero para el caso es lo mismo... La vida solitaria da para muy poco, apenas para soportar las debilidades propias, los disgustos personales... Se vuelve uno viejo, cínico y huraño... un tipo raro que evita la compañía de los hombres porque, al fin, cae en la cuenta de que nada tiene en común con ellos.

PABLO.- (Zalamero, interesado.) Pues yo vengo todas las tardes a escucharte.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- (Mordaz.) Y yo te lo agradezco de corazón.

PABLO.- (Acaricia el rostro de EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.) Vengo a verte porque te echo de menos; porque me siento intranquilo cuando no estoy a tu lado. En casa no me entiendo con nadie... ¡No los aguanto!

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- A mí también me gusta que vengas... **(Con tono airado.)** Pero no pienso acostumbrarme a tu compañía, no te necesito... El día que te canses de mí me quedaré tan tranquilo.

PABLO.- No debes decir eso... eres injusto. Sabes que me miro en tus ojos. Cuando estoy contigo se me pasan las horas sin darme cuenta.

(PABLO acaricia con ternura a EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.)

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- (Bruscamente.) No me acaricies... ¡Quita la mano! Detesto que me toquen la cara.

PABLO.- (Con tristeza.) ¿Por qué me rechazas?... ¿Es que nunca vas a querer a nadie?

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- No, creo que no. Me parece imposible cambiar.

PABLO.- Eres brutal y egoísta... Sólo piensas en ti, en lo que te conviene. No te preocupas por nada.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- (Con dureza.) Déjate de zalamerías, muchacho, no me supliques... Hubo alguien que me acarició sin que yo supiera que era por última vez, y acto seguido desapareció de mi vista. No le volví a ver jamás.

PABLO.- Entonces, ¿qué puedo esperar de ti? Mira que soy imbécil. ¿Por qué coño me muero por venir a verte?

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- Tú lo sabrás. Disfrutas conmigo, te proporciono placer sin inhibiciones ni falsos pudores. En eso soy complaciente.

PABLO.- (Excitado.) No sé si disfruto... Me pongo nervioso y cuando creo que estoy empezando a gozar inmediatamente me corto. Por eso necesito que me expliques las cosas, porque ni siquiera conozco mis sentimientos más íntimos.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- (Irritado.) No sé qué puedo explicarte, si no entiendo a nadie ni me entiendo a mí mismo.

PABLO.- Todo lo que te ha enseñado la vida; lo que se aprende en el parque y en la oscuridad de la noche.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- He renunciado a enterarme... Hace mucho tiempo que no me he visto la cara porque un buen día, cansado de mirar cómo las manchas que les salen a los viejos me ensuciaban la piel, rompí todos los espejos.

PABLO.- (Curioso.) Eso mismo dice mi madre... ¿Por qué a los dos os ha entrado la misma manía?

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- Será demencia senil... Tú todavía no tienes arrugas. No sabes lo que es ver a la muerte haciéndote compañía, acostada contigo.

PABLO.- En el fondo, no eres más que un estúpido Narciso... o tal vez, quieras vacilar conmigo... ¿Acaso supones que me siento atraído por tu belleza juvenil..., que me acerco a ti porque eres un tío apuesto y macizo, un galán de cine?

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- (Furioso.) ¿Ves estos cabellos blancos, tan largos que me caen hasta los hombros?

(PABLO se acerca a EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE y hunde los dedos en su espesa cabellera blanca.)

PABLO.- (Burlón, mas también cariñoso, con cierta vergüenza.) En los que tanto me gusta enredar los dedos... para jugar con ellos y aspirar su profundo olor a noches de amor clandestino y a cuerpos desnudos.

(EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE se retira, contrariado por la iniciativa de PABLO.)

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- (Furioso.) Huelen a agua estancada, a charcas infectas... Cuando aquella historia de amor acabó de repente, cual suelen acabar los romances de este jaez, mis cabellos negros que eran, de la noche a la mañana se volvieron blancos.

PABLO.- (Soñador.) Déjame agradecerle al tiempo que haya pasado por tus canas, por tus carnes flácidas... convirtiéndote en el viejo gruñón que está delante de mí.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- ¿No te sonrojas, Pablo, al decir esas mariconadas?... Requebros de loca soñadora que acaba de salir del cascarón y aún tiene legañas en sus ojillos dormidos.

PABLO.- (Trivial.) Me gustan los hombres destruidos. Reconozco que es un capricho poco corriente pero no lo puedo remediar... Aborrezco a los conquistadores y a los presumidos. No son más que unos plebeyos... El triunfo me aburre: es una gloria bastarda.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- (Cáustico, pero con tristeza por el bien perdido.) Yo soy quien sufre la herida... mi cuerpo abierto en canal, como el de las reses en el matadero, hasta convertirse en un trozo de carne macerada... soportando la humillación pública, haciéndome digno objeto de su desprecio.

PABLO.- ¿Por qué insistes en ello, si sabes que ése es el capítulo que más me apasiona?

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- Las personas decentes aprietan el paso, vuelven la cabeza para no verme; los niños se asustan... Pegaron en las paredes carteles infamantes convocando a la caza de brujas... Los criados, locos de rabia por vengar sus ofensas, se ensañan conmigo.

PABLO.- (Exaltado.) Por eso vengo, precisamente por eso; por eso estoy a tu lado. Me has enseñado a amar la tristeza. Y cuando cuentas esas cosas terribles me pones cachondo.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- No, no es la tristeza serena que embellece los rostros cansados, sino la palidez de la muerte. Miseria, degradación y vergüenza. Eso es lo que has aprendido.

PABLO.- (Apasionado.) Abrázame, Hombre del tabardo verde. Déjate de chácharas vanas y estréchame en tus brazos.

(EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE parece dudar.)

Estoy esperando.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- Qué poco te pareces a tu hermana Alicia; sois tan distintos. Ella me rechaza, me insulta. Se envalentona conmigo e, incluso, se atreve a pegarme.

PABLO.- Y, sin embargo, no es capaz de olvidarte. Siempre vuelve contigo... Como yo, por supuesto.

(EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE **abraza a PABLO con fuerza.**)

¡Bah!, Alicia no sabe lo que se está perdiendo.

EL HOMBRE DEL TABARDO VERDE.- ¿Y tú acaso lo sabes?

PABLO.- Ahora, sí. Sin la menor duda. Ya no me engañas.

(**Entra RODRIGO, el narrador.**)

RODRIGO.- Digamos que éste es el momento en el que no sólo las palabras sobran, sino en el que también cualquier reflexión resulta inoportuna. Las reglas más elementales de cortesía mandan respetar la intimidad de los personajes. No intentemos averiguar, por tanto, el enigma que se oculta tras el abrazo compartido.

Y sin atrevernos a juzgar las conductas ajenas, limitémonos a recordar, de paso, que en el crisol del mundo conocido se juntan alegría, orgullo, perplejidades y cuidados, honestidades y villanías; así como amarguras y bribonadas, sutilezas, bellaquerías, dolor y esperanza, integridad, candor y lascivia. Todos estos elementos mezclados e inextricablemente unidos entre sí componen el barro del que nacemos.

Escena V

Entran LEONOR y SILVIO en el saloncito por la puerta del fondo. LEONOR, que anda despacio y con aire apacible, lleva un ramo de glicinias en la mano. SILVIO la acompaña con pasos cansinos. LEONOR se adelanta pero SILVIO permanece en el umbral de la puerta.

LEONOR.- Es hermoso el jardín..., te gusta, ¿verdad?

SILVIO.- Me despierta recuerdos confusos de un pasado que no sé si fue como hasta ahora creía.

LEONOR.- Claro, la memoria nos traiciona... Transcurren los años, y ya no sabemos si aquel encuentro tan bonito sucedió realmente, o tan sólo fue un sueño.

SILVIO.- (**Sugerente.**) Pero si me ha gustado mucho el jardín... Ha sido un agradable paseo.

LEONOR.- (**Azarada.**) Bueno, ya sé que es un jardín pequeñito, doméstico... hecho a la medida de mis posibilidades... Pero yo lo cuido con esmero... sin ayuda de nadie, por supuesto.

SILVIO.- ¿Puedo entrar?

LEONOR.- (**Confidencial.**) Pues claro... qué bobada. Pasa, pasa, no tengas miedo. A estas horas están todos acostados... Descansan los cuerpos dormidos. Nadie nos molestará, Silvio.

SILVIO.- ¿Siempre duermen de día?

LEONOR.- Les gusta trasnochar. Son mariposillas nocturnas que revolotean alrededor de las luces artificiales... Es como si necesitaran esconderse de la luz del sol.

SILVIO.- ¿Anselmo, también?

LEONOR.- (**Despectiva.**) No, ése es un ogro solitario, un hurón. Encerrado en el laboratorio, del que no sale ni para comer, se olvida de todo.

SILVIO.- ¿Quieres que cambie las flores del búcaro?

LEONOR.- Sí, quita esas flores ajadas y pon flores frescas... Dejemos libre la imaginación... Renovarse o morir, ¿no te parece?... Es regla de vida que las personas mayores debemos seguir con especial atención.

SILVIO.- ¿Qué significa eso?... Palabras que repite la gente sin saber lo que dice. (**Toma las flores y va hacia la consola para realizar el cambio indicado.**)

LEONOR.- Sí, son frases hechas, lo reconozco. Pero es que a mí me encantan los tópicos. Soy una mujer vulgar que ha crecido leyendo noveluchas románticas.

SILVIO.- Te aburres, Leonor.

LEONOR.- (Agitada.) Pues has de saber que yo era una niña alegre e inquieta que hizo firme propósito de no aburrirse nunca, para no aburrir a los demás.

SILVIO.- En cambio, yo no tenía tiempo para pensar... **(Evocador.)** Me echaba en la hierba, oculto detrás de los árboles, con los ojos cerrados... y dejaba que pasara el tiempo. Mi única compañía eran el susurro del viento cálido, la canción de los pájaros y el eco lejano de aquel mar tranquilo de cuyas aguas creí haber nacido.

LEONOR.- Y no te acostumbras a vivir entre cuatro paredes... Por eso, lo que más me preocupa es que te sientas cómodo, que te muevas por la casa como cualquiera de nosotros... No es un cumplido, puedes creerme. Te quiero ver entrando y saliendo de las habitaciones con la soltura del que ha hecho siempre lo mismo.

SILVIO.- Vives prisionera en esta casa... Te dejan sola... El jardín que cultivas con tanto cuidado es cerrado y triste como tú misma.

LEONOR.- (Atemorizada.) ¿Por qué me dices esas cosas, Silvio? ¿No quiero oírlos! Me asustan. Soy una mujer vulnerable, y debes tratarme con delicadeza.

SILVIO.- (Enigmático.) ¿De qué tienes miedo, Leonor?

LEONOR.- (Desazonada.) De la soledad en que vivo, una soledad que aborrezco... Soy una mujer joven, todavía, pero nadie me tiene en cuenta, ni siquiera me miran a la cara... Mis hijos siempre tienen prisa; y cuando les hablo, huyen despavoridos. No paran en casa... Estoy convencida de que salen de noche y duermen de día para no tropezarse conmigo.

SILVIO.- (Enigmático.) Yo te haré compañía, Leonor, mientras esté en tu casa.

LEONOR.- No deja de ser un consuelo, niño mío, pero, ¿cuánto tiempo aguantarás sin ponerte nervioso? ¿Cuándo te cansarás de mí? ¿Puedes responderme, culito de mal asiento?

SILVIO.- Eso nadie lo sabe. Ya te dije que no me comprometo... Pero no sigas con tus lamentaciones. Aprovecha el momento de felicidad antes de que pase.

LEONOR.- (Excitada.) Sí, claro, eso es muy fácil decirlo como quien no quiere la cosa, sin poner ni un granito de arena... Pero, Silvio, dime quién eres, y no me vengas con evasivas... ¿Dónde has nacido?

SILVIO.- ¿Por qué te interesa tanto conocer las vidas ajenas? ¿Qué más te da saber de dónde vengo, quién soy?

LEONOR.- (Compungida y seductora.) Porque eres mi niño querido, el invitado de honor... Pero, por favor, no inventes nada, que no soporto que te burles de mí.

SILVIO.- (Impaciente.) No me acuerdo bien. Es una nebulosa... A mis padres no les conocí. Murieron en un accidente cuando era un niño de pecho... Así que me crié con los abuelos. Eran dos viejos callados y mustios que trabajaban tanto como las bestias que tenían a su cargo. Me dejaron solo en un caserón enorme lleno de recovecos y rincones oscuros... Allí me moría de miedo, las campanadas del reloj de pared atronaban y el corazón me saltaba en el pecho... Por eso decidí explorar por mi cuenta el terreno: primero, los lugares más próximos; después, poco a poco, a medida que iba perdiendo el miedo y hacía nuevas conquistas, me atreví a desafiar a los seres que poblaban el bosque. Al adentrarme en la espesura descubrí maravillas. Y un día tórrido, en plena canícula, llegué a una cueva escondida que me ofrecía frescura Y penumbra a mí, solamente a mí... Fui el rey del mundo. Tenía un palacio y no estaba obligado a compartirlo con nadie... **(De pronto, se detiene, sonrojado, y continúa vacilante.)** Perdona Leonor, este desahogo, discúlpame, he perdido el control...

LEONOR.- (Arrobada.) Pero, ¿de qué te disculpas? No puedo entenderte... Sigue, sigue, no pares... Te oigo embobada.

SILVIO.- ¿De verdad te interesa mi historia?

LEONOR.- (Con un mohín de disgusto.) Lo que quieres es que te regale los oídos... Me parece que no eres más que un chiquillo presumido que muestra y oculta la manzana de oro... Disfrutas viendo cómo abro la boca, muerta de sed; y alargó la mano, y no puedo alcanzarla.

SILVIO.- (Soñador.) Despertaba al amanecer, un rayo de sol me daba en la cara... Después de desperezarme, me lavaba desnudo en el agua del río, sumergiéndome con un grito de alegría estremecida... Comía lo que encontraba al paso: naranjas, limones agrios, frutas silvestres, bueno todas esas cosas que comen los náufragos. **(Lentamente, escuchándose a sí mismo, con un regusto de sensualidad.)** Luego, me tumbaba en la playa con los brazos y las piernas abiertas, abandonado al cielo y al mundo... Dejaba que me salpicaran las olas para sentir su frío en mi cuerpo desnudo... Era una sensación áspera de placer y dolor. Afluía la sangre y la carne vibraba. El aire afilado encendía el deseo y el sol empezaba a quemarme.

LEONOR.- (Algo dolida al oír tanta maravilla.) Dueño y señor de ti mismo... Sin depender de nadie... Nítido y puro como un fauno dormido... Es todo bellísimo y, sin embargo, tan frío.

SILVIO.- (Con cierto desgarró.) Fue una mentira... Empezaron a venir... no sé cómo se corrió la noticia, los primeros turistas. A la gente que no sabe qué hacer con su vida se le despierta una curiosidad malsana por las vidas ajenas.

LEONOR.- Es natural. No todo somos seres privilegiados... Huimos de nosotros mismos, porque nuestro mundo no es claro y limpio como ése del que tú hablas.

SILVIO.- (Irritado.) Al principio, fueron los campesinos quienes se asomaron tímidamente. Enseguida, llegaron de los pueblos vecinos y, al final, se juntaron allí multitudes ávidas de emociones cual manadas de lobos hambrientos... Parecía una feria... como si nunca hubieran visto una cueva. No contentos con eso, trajeron las cámaras de televisión, los periodistas me atosigaban con preguntas idiotas y algunas mujeres me pedían que besara, que bendijese a sus hijos.

LEONOR.- (Grita.) ¡Basta ya! Estás volviéndome loca. Pretendes impresionarme, y yo no puedo creerte.

SILVIO.- Te advertí que era un vulgar desahogo. Pierdo el control fácilmente... Soy capaz de cometer disparates.

LEONOR.- (Grita.) Muy bien, estoy preparada, ¿por qué no haces algo sorprendente y temible?

SILVIO.- (Casi amenazador.) No despiertes a la fiera dormida... Te arrepentirías de haberla azuzado.

LEONOR.- Prefiero cualquier cosa, lo más terrible que pueda sucederme, a seguir viviendo en este letargo que me seca el alma... Necesito que sigas contándome historias.

SILVIO.- (Con rabia.) Me obligaron a entrar en la cueva para hacerme fotografías... Los niños llevaban coronas de flores y saltaban, entonaban canciones de corro... y también les sacaron fotografías conmigo, rodeándome. Los reporteros me pedían que los tomara en mis brazos para inmortalizarme en una escena tan tierna... Pero pronto la tierra se llenó de desperdicios, basura, cascos de botellas. Me sentía acorralado y escapé, tuve que escapar, sin importarme el camino a seguir ni lo que fuese a hacer en adelante.

LEONOR.- (Resignada.) Y dando tumbos de acá para allá tus pasos te llevaron al parque, ese parque sombrío, abandonado de la mano de Dios, en el que duermen los conejillos de Indias que Anselmo recoge.

SILVIO.- (Cambia bruscamente y habla con tono quejumbroso.) No es lo peor el parque, no; en el parque te dejan tranquilo, puedes dormir en los bancos... Y los hombres que te siguen por las calles estrechas olfatean el peligro, y allí se detienen. No se atreven a entrar porque está todo oscuro, porque se oyen voces roncadas, estertores amargos.

LEONOR.- Y, al fin, has llegado a casa, una casa en la que vas a descansar de tanto ajetreo... Porque, después de las experiencias vividas, no volverás a decirme que te sientes prisionero entre estas cuatro paredes.

SILVIO.- (Con voz dulce, sugerente.) Te lo agradezco mucho, Leonor. Has sido muy buena conmigo... Nunca lo olvidaré.

LEONOR.- (Nerviosa.) No, no digas eso; nada tienes que agradecerme. Me acompañas y seguirás haciéndolo durante mucho tiempo... Me dejas ser joven otra vez... A tu lado olvido las penas.

(SILVIO se acerca a LEONOR y la mira cariñosamente. Ella le pone la mano sobre los hombros, temblando de emoción. Muy nerviosa, con ternura.)

¡Ay, truhán, qué bien sabes despertar mi ternura! Es un don que ha nacido contigo... Niño desvalido... el mejor regalo para una mujer sola... **(Con desconfianza.)** Pero no sé si me engañas.

SILVIO.- Sí, sí, debes creerme, aunque todavía no acierte a explicarlo como me gustaría. Empiezo a sentirme a gusto contigo... Ya no estoy asustado ni me siento extraño en tu casa.

LEONOR.- (Coqueta.) Ya sabía yo que acabarías recapacitando... Esas aventuras de lobo estepario terminan siempre en dolor y fatiga... Al final, todos buscamos un cobijo donde guarecernos de las inclemencias del tiempo.

SILVIO.- (Lastimero.) Sobre todo cuando has andado sin rumbo; cuando has dormido en el hueco de las escaleras o en los subterráneos más sórdidos... He conocido sotanos lúgubres y tugurios siniestros... Y muchas veces he tenido que echarme en el suelo, entre periódicos, sobre un trozo de plástico sucio.

LEONOR.- (Compasiva, coqueta.) ¡Pobrecito mío, cuántas penurias! Me da tanta lástima... No me explico cómo has podido sobrevivir a pruebas tan duras.

SILVIO.- (Aparentando estar furioso.) Me gustaría coger a todos esos hombres que me han maltratado y darles de cabezadas contra los muros... estrangularlos con mis propias manos. Apretar, apretarles hasta que crujan sus huesos.

LEONOR.- (Con ternura.) Ay, niño, de ahora en adelante va a ser distinto. Te has de sentir protegido por una mujer cariñosa que no parará de mirarse en tus ojos.

SILVIO.- Eso es al principio, cuando todavía eres una novedad, una sorpresa... Ese chico diferente pálido y rubio que Anselmo encontró en el parque. El muchacho de la manzana de oro que a nadie hace partícipe del enigma de su nacimiento...

LEONOR.- (Soñadora.) Unos ojos azules que nos roban la calma... el dulce silencio de los elegidos.

SILVIO.- Pero después se cae en la rutina. Lo que era nuevo y extraño se vuelve habitual, enojoso... La gente que me rodea empieza a mirarme con inquietud... Llegan a tenerme miedo, y me huyen; procuran darme de lado.

LEONOR.- (Apasionada.) No dejes que te toque nadie, Silvio... Y menos que nadie, mis hijos. ¡Que no te manchen con sus manos sucias! Si ellos se olvidan de ti, mucho mejor. Yo no te abandonaré nunca.

SILVIO.- (Zalamero.) Tú, sí; tus manos me acarician... Hacen que sienta de nuevo aquella soledad de entonces... la paz que tanto he añorado desde que eché a correr por el mundo.

LEONOR.- Ven conmigo, Silvio... Te guardo una sorpresa... Verás, verás, brindaremos juntos con la bebida que reservo para las grandes ocasiones. Es un licor exquisito.

SILVIO.- No, gracias... Te lo agradezco pero no estoy acostumbrado a beber.

LEONOR.- Sólo una pizca... Cuatro gotas que no embriagan a nadie... Notarás un tibio cosquilleo en la garganta, un poco picante... la suave brisa de una noche de verano llenándote el pecho. **(Saca un manojo de llaves y con una de ellas abre un cajón de la consola. Toma una botella de diseño modernista y dos copas finamente labradas. Ofrece una copa a SILVIO.)** Toma... Mira cómo brilla el cristal. Es una delicia... **(Destapa la botella y la acerca a SILVIO.)** ¿Hueles, Silvio? Un aroma sutil y penetrante.

SILVIO.- (Huele el licor.) ¿Por qué brindamos, Leonor?

LEONOR.- (Vierte un poco de licor en ambas copas.) Por el pasado que ha muerto; por el tiempo nuevo que empieza.

SILVIO.- Para ser digno de tu cariño.

LEONOR.- Para que Dios permita que esta noche no acabe nunca.

(LEONOR y SILVIO beben.)

SILVIO.- (Paladeando el licor con delectación.) Tiene un sabor riquísimo.

LEONOR.- (Voluble.) Un excelente bouquet.

SILVIO.- Para paladearlo y apurar hasta la última gota.

LEONOR.- Te relames, pillín, como un perrillo sin amo... ¿No quieres otro poquito, ya que tanto te gusta?

SILVIO.- Te conozco, Leonor, eres una mujer decidida... Cuando algo se te mete en la cabeza vas a por ello, sin pensarlo dos veces. Te has propuesto emborracharme porque quieres descubrir todos mis secretos.

LEONOR.- (**Ríe, casquivana e insinuante.**) Néctar de dioses, Silvio, para que nos olvidemos de que hemos de morir... Ten cuidado con lo que hablas, que ya sabes aquello de que quién dice su secreto entrega su libertad.

SILVIO.- (**Con tono cariñoso.**) Lo que tú digas, Leonor... Tenemos tiempo de sobra para olvidarnos de lo que hemos sufrido.

LEONOR.- El tiempo es nuestro, Silvio... Nos hemos quedado solos en el mundo.

SILVIO.- (**Tomando posesión de su casa.**) Entonces, nos sentamos y tomamos otra copita en amigable compañía.

LEONOR.- (**Con pasión.**) Claro que sí, mi niño... Aquí, los dos juntos.

SILVIO.- ...Y ponemos el vídeo, ¿te parece bien?

LEONOR.- Tan joven y tan nuevo, y necesitas esas imágenes. No puedo creerlo... Esas son cosas de viejos, ayudas para despertar a los cuerpos dormidos.

SILVIO.- No importa: son divertidas.

(**En este momento, entra ANSELMO, con gesto malhumorado y a medio vestir.**)

ANSELMO.- Ya veo, ya veo, Leonor, lo que me temía... Discúlpenme si interrumpo, pero la luz encendida a estas horas de la madrugada me ha desvelado.

LEONOR.- (**Sorprendida, reacciona, sin embargo, con prontitud.**) ¿Se puede saber qué es lo que te ha hecho salir de tu gruta encantada?

ANSELMO.- Ya te lo digo: la luz que no sé por qué causa me daba en los ojos; y los rumores de la noche, sin duda. Una voz me decía al oído que ahora te dedicas a proteger a huérfanos desamparados.

LEONOR.- (Desafiante.) ¿Y qué tiene de malo, si eso me sirve de consuelo?

ANSELMO.- ¿Aunque se trate de tan inestable compañía?

SILVIO.- Creo que debo marcharme. **(Irónico.)** Estoy seguro de que ustedes tendrán que decirse muchas cosas.

LEONOR.- La que tú me has negado siempre... **(A SILVIO.)** Será mejor que te quedes. Te conviene oír lo que hablemos.

ANSELMO.- (A SILVIO.) No me mueve la curiosidad sino la afición a la ciencia; y detesto las relaciones humanas. Por eso, no indago en las vidas de los hombres sino en la estructura y el funcionamiento de sus mentes.

SILVIO.- Estoy dispuesto a cumplir todas las cláusulas del contrato. Lealmente y con plena dedicación.

ANSELMO.- Al pie de la letra. Sin faltas ni retrasos... A este trabajo se entrega uno por entero y el que no esté preparado más vale que abandone antes de empezarlo.

LEONOR.- (A ANSELMO, con altanería.) Y yo lo garantizo... Te aseguro que no tendrás ninguna queja de nosotros.

ANSELMO.- (A LEONOR, con energía.) No me importa que estemos casados, pues ésta no es sino una circunstancia puramente casual que para nada afecta a nuestros verdaderos intereses. Olvido que eres mi mujer, y comprendo, aunque no sean de mi agrado, los sofocos propios de la menopausia. Para eso alquilas los vídeos; y bien que te desahogas con ellos. Pero lo que no puedo admitir es que tus caprichos eróticos perjudiquen la marcha del laboratorio... Tu protegido se ausenta sin motivo, empieza a holgazanear, tiene puesto el pensamiento en otro sitio...

LEONOR.- (Irritada.) ¿Y no te da vergüenza hablar como hablas? Cualquiera que te oyera qué iba a pensar de nosotros.

ANSELMO.- Lo que les venga en gana. No me interesan las opiniones ajenas... o, por decirlo mejor, tampoco las mías. Me niego a pensar, renuncio a tener opiniones, incluso estoy dispuesto a afirmar que no es cierto lo que ven mis ojos... Por eso he decidido que el trabajo me ocupe día y noche, y sin reserva ninguna... Y por eso exijo también el máximo respeto, que nada ni nadie lo altere, que no se dé circunstancia alguna que me obligue a salir del laboratorio.

SILVIO.- (Altanero, a ANSELMO.) Yo también exijo respeto. Usted fue a buscarme al parque y me trajo engañado... Sin embargo, no lo discuto, está en su derecho... Si sigue interesándole mi colaboración, estoy dispuesto a cumplir estrictamente el horario de trabajo. Fuera de él no habrá relación alguna entre nosotros.

LEONOR.- (Excitada, a SILVIO.) Bien dicho, Silvio... Eso me gusta: que tengas agallas, y no te dejes pisar. (A ANSELMO.) Eres un explotador, Anselmo; no te detienes ante nada, pero con él no van a servirte de nada tus mañas.

ANSELMO.- (A LEONOR.) Sobran las palabras, huelgan las quejas... Has salido garante del muchacho y te hago responsable de que cumplirá lo pactado... Sin justificaciones ni excusas.

LEONOR.- Naturalmente. Te aseguro que no tendrás que salir, otra vez, del laboratorio. No te daremos motivo... Seguramente, no nos volvamos a ver.

ANSELMO.- Así lo espero. Aunque sólo sea porque en esta ocasión te conviene, confío en tu palabra.

(Entra RODRIGO, el narrador.)

RODRIGO.- Aunque nuestros personajes hayan andado y desandado los oscuros andurriales de sus vidas, todavía les queda por recorrer el más arduo y difícil de todos los caminos: aquel que les obliga a sobrevivir a lo que ya han vivido.

Como era de esperar en seres tan dolorosamente ingenuos, ellos siguen confiando en la pequeña flor que agoniza entre sus manos y alberga la esperanza de que pasada la medianoche sus cuerpillos temblorosos, al fin, descansarán.

Al caer presos de los sortilegios del mundo conocido, los seres limpios que ocultaban sus vergüenzas en el bosque se dedican a cometer actos sibilinos y feroces, con el claro propósito de acabar con el engañoso y lívido fulgor del lucero matutino.

Las angustiadas contorsiones de esos cuerpos errantes que danzan en el vídeo anuncian no sólo el fin de la trágica historia vivida por la mujer y el hombre en la tierra, sino también la tan esperada extinción de la especie.

Esto es lo que digo yo en las presentes circunstancias, aunque, quizá, no debiera decirlo; pues de todos es sabido que lo que hoy nos acucia y, al parecer, es urgente mañana deja de ser noticia.

Escena VI

SILVIO estará echado en el sofá, descansando placenteramente. Tiene la botella en el suelo, junto a sí, juega con una copa, deleitándose con los brillos del cristal y, de vez en vez, bebe el licor paladeándolo con fruición. Canturrea distraído, consciente de las prerrogativas que ha adquirido en la casa. Se deja llevar por la satisfacción y la molicie. En el vídeo se exhibe una vertiginosa sucesión de movimientos estereotipados, los cuales, al parecer, responden al ímprobo esfuerzo de los blanquecinos personajes por alcanzar las cimas del placer.

Entra **ALICIA** con aire desenvuelto y rápidamente se despoja del abrigo, del jersey y de los guantes. Se mueve decidida y muestra una amplia gama de gestos desaprobatórios al observar que el vídeo se halla en funcionamiento.

ALICIA.- (Desdeñosa.) Otro que tal baila... ¿Es que también tú necesitas ver esas marranadas para calentarte?

SILVIO.- ¡Ah!, sí, qué graciosa... ¿y a ti qué te importa?... Leonor ha insistido mucho en que quería que me sintiera cómodo en su casa.

ALICIA.- Soy Alicia.

SILVIO.- (Cínico.) Tanto gusto.

ALICIA.- La hija de tu nueva madre, casi tu hermana... y he venido porque me han entrado ganas de echar un vistazo al nuevo juguete de mamá.

SILVIO.- Me parece estupendo que los miembros de la familia se dejen ver... Ardía en deseos de conocerlos.

ALICIA.- (Con retranca.) No me digas que quieres emparentar con nosotros. No puede decirse que ésta sea una familia muy recomendable.

SILVIO.- Sería un gran honor.

ALICIA.- Y una provechosa manera de entrar por la puerta grande... Ya no te miraríamos como a un intruso.

SILVIO.- La verdad es que me he cansado de pasar por el mundo sin dejar huella. Eso de vagabundear está muy bien al principio, cuando pareces distinto y la gente aún no te conoce, pero enseguida te hartas... Y después de gozar la tibieza de este saloncito burgués se hace muy cuesta arriba salir a la calle, volver a dormir al raso con el frío que hace.

ALICIA.- Un porvenir brillante le espera, señor Marqués, lo que se dice todo un programa de vida: aquí me las den todas, calentito y repantigado en el sofá de la abuela.

SILVIO.- (Se levanta presuroso.) No lo sabía, perdona. Seguramente, te parece incorrecto.

ALICIA.- No, no, puedes seguir tumbado. A mí no me molesta, y la pobre abuela ya no se entera.

SILVIO.- (Intenta ser complaciente.) Tampoco te gusta el vídeo, ¿verdad?... Antes lo has dicho.

ALICIA.- ¡Bah!, es un cachivache inocente... y para algunas personas, muy útil. Mamá se entretiene con él pero eso no es raro... Ella no sale nunca y, además, se supone que papá no la atiende.

SILVIO.- Debe de sentirse muy desgraciada.

ALICIA.- (Con despreocupación.) Bueno, no es para tanto. A Leonor le gusta sufrir... en realidad, sufre por todo.

(SILVIO apaga el vídeo.)

SILVIO.- (Solicito, servicial.) ¿Te apetece tomar una copa conmigo? Es un licor delicioso.

ALICIA.- Sí, otro de los caprichos de mamá. En el fondo, es una mujer insaciable... No se conforma con cualquier cosa; quiere siempre lo mejor.

SILVIO.- (**Ofrece a ALICIA una copa.**) Entonces, bebemos el licor de mamá y nos hacemos cómplices de sus sueños.

ALICIA.- (**Reticiente.**) Ella lo guarda para las ocasiones especiales. Solamente lo saca cuando celebra algo muy grande.

SILVIO.- ¿Y no es ésta una ocasión que merezca la pena?

ALICIA.- Yo sólo bebo con desconocidos... Esto mismo le dije a mi mejor amigo, el Hombre del tabardo verde.

SILVIO.- ¿Acaso yo no soy un desconocido para ti? Es la primera vez que nos vemos.

ALICIA.- Ni lo pienses... Mamá no para de alabar tus gracias a quien quiera oírla... Por eso, te conozco mejor que si nos hubiéramos criado juntos... Eres un niño triste y desvalido, de mirada inocente, al que hay que cuidar como si fuera uno más de la familia, el hermanito pequeño.

SILVIO.- Pero tú no te crees esa historia... Es demasiado simple: prescinde de los matices; no hace distinciones. Y suena a culebrón de sobremesa.

ALICIA.- A mamá le haría una enorme ilusión salir en las fotos de las revistas del corazón... (**Ríe a carcajadas.**) Y tú podrías ser el galán joven que la llevara del brazo a las reuniones sociales.

SILVIO.- Te burlas. Tampoco crees que mis intenciones sean claras.

ALICIA.- (**Mordaz.**) Digamos que desconfío de las mosquitas muertas.

SILVIO.- (**Seductor.**) Puesto que no crees nada de lo que te han dicho, volvemos a estar en las mismas. Has de admitir que soy un desconocido y, por tanto, puedes beber conmigo. En la copa tallada de fascinantes reflejos.

(**SILVIO vierte el licor en la copa y se la ofrece a ALICIA.
Ésta la toma y bebe.**)

ALICIA.- Del más fino cristal de Bohemia.

SILVIO.- Ahora debes decirme quien es mi desconocido rival.

ALICIA.- ¿Es que tienes celos?

SILVIO.- No lo sé todavía pero es muy sencillo... ¿Quién es ese Hombre del tabardo verde que goza la dicha de ser tu mejor amigo?... Seguro que es un tipo curioso.

ALICIA.- Qué sé yo. No quiere decir su nombre, a nadie se lo dice... Pero es raro que no le conozcas, porque es uno de esos viejales desarrapados que duermen en el parque.

SILVIO.- Hay muchos de ellos, y el caso es que todos parecen iguales. Todos están arrugados, todos te miran con la misma cara de pena, con aquellos ojos húmedos y suplicantes... ¡Bah!, me cansé de oír sus gemidos.

ALICIA.- Éste casi no habla; se encierra en sí mismo. Y tienes que adivinar lo que piensa más allá de su silencio angustioso, un silencio que me pone los pelos de punta.

SILVIO.- Me parece que caigo... Quizá sea el vagabundo de las largas melenas blancas... Un día iba a abofetearme porque se sintió ofendido, decía que le miraba con excesiva fijeza... Está medio loco.

ALICIA.- (**Burlona.**) ¿Más loco que tú?

SILVIO.- (**Divertido.**) Tal para cual... Una noche que estaba de buenas, ahora recuerdo, me contó que después de un sueño agitado, al amanecer se despertó temblando y muerto de frío y sintió un miedo cerval a su nombre. Por eso renunció a llamarse como se llamaba hasta entonces.

ALICIA.- Se quedó sin nombre, y ahora no se llama de ninguna manera... Es un mendigo chiflado pero yo le quiero.

SILVIO.- ¿Y él te quiere también?

ALICIA.- No sé; él lo demuestra a su manera... Me amenaza y me insulta, me dice cosas horribles... Pero eso pasa cuando quiere follarme y yo me pongo estrecha.

SILVIO.- (**Salaz y atrevido.**) ¡Ah!, con que ese carcamal todavía se empalma.

ALICIA.- Pocas veces, la verdad; pero eso me importa muy poco... Los jóvenes que están siempre salidos, en el fondo, me aburren... y por lo que veo a ti te pasa lo mismo. Por eso has dejado que mamá te eligiera.

SILVIO.- No es suficiente cuando se tienen dieciocho años y unas ganas enormes de abrazar a muchachas que tiemblen entre tus brazos.

ALICIA.- (**Con descaro.**) Y aún te quejas de ser el galán de mi madre... Como si fuera un castigo... ¿A qué aspiras? No hay quien lo entienda... Pero ¿qué más puedes pedir, tú que dormías en ese parque siniestro donde se reúnen fantasmas ruinosos, qué más vas a esperar cuando has encontrado cama y cobijo, y encima tienes una mujer que te adora?... Yo me daría con un canto en los dientes si me hubiera caído esa bicoca. Te envidio, Silvio, de verdad que te envidio.

SILVIO.- (**Algo desconcertado.**) ¿Es que te has propuesto reírte de mí?

ALICIA.- No se me ocurriría nunca...; no tengo por qué reírme de ti. Simplemente, dejo constancia de lo que sucede en la casa... Siempre he deseado ser periodista.

SILVIO.- (**Disculpándose ladinamente.**) Comprendo que te pueda extrañar, parece algo muy raro... pero lo de tu madre conmigo es tan sólo una relación cariñosa...

ALICIA.- (**Con malignidad.**) Podría ser tu abuela... (**Se hace un silencio mientras se lleva la copa a los labios.**) Pero, ¿eso que importa? Acabará por gustarte, ya lo verás. Todavía, es una mujer atractiva, capaz de hacer feliz a un muchacho inexperto.

SILVIO.- Ella me ha salvado de volver a dormir en el parque... No la deseo pero le estoy muy agradecido.

ALICIA.- (**Interrumpiéndola.**) No, si no tienes de qué disculparte. Leonor es una mujer en pleno uso de sus facultades mentales. Sabe muy bien lo que le conviene... Yo no soy nadie para decirle lo que tiene que hacer.

SILVIO.- (**Contemporizando.**) Además, se encuentra muy sola.

ALICIA.- Todos estamos solos.

SILVIO.- Necesita soñar.

ALICIA.- Claro, todos necesitamos soñar... Y yo me alegro mucho de que mamá pueda dar rienda suelta a esos sueños eróticos que nunca vio realizados.

SILVIO.- En cambio tú puedes disfrutar de sensaciones reales.

ALICIA.- No sé; tampoco lo veo... ¿Por qué van a ser más reales las sensaciones del cuerpo, las que nos proporcionan los cinco sentidos, que esos mundos de fábula que la imaginación desbordada de mi madre construye?

SILVIO.- **(Se acerca a ALICIA y habla meloso.)** ...¿Y si está desvelada y nos oye? Hablemos bajito.

ALICIA.- ¡Ah!, no te preocupes por eso. Esta noche sueña con su angelito del parque.

SILVIO.- **(Insinuante.)** Entonces, nosotros... **(Se acerca a ALICIA hasta quedar junto a ella.)**

ALICIA.- No me atosigues, Silvio, que me quitas el aire... ¿Es que quieres hacer eso conmigo?

SILVIO.- **(Por momentos, con mayor pasión.)** Estamos solos, Alicia; nadie nos ve... Es la primera vez. Tienes que enseñarme.

ALICIA.- ¡Qué maravilla! ¡Bocado de cardenal!... Ocasión única para desvirgar a un niño que no ha conocido mujer... Pero qué se le va a hacer; ya te he dicho que no siento inclinación especial por los jóvenes... No os encuentro bastante atractivos. Aunque presumáis marcando paquete.

SILVIO.- Pero yo soy distinto, nunca me he preocupado de esas cosas. Y tú me gustas, Alicia, me gustas muchísimo.

ALICIA.- Bueno, pues dilo ya de una vez, con todas sus letras. Tú lo que quieres es follar conmigo también, porque con mi madre no tienes bastante.

SILVIO.- **(Taimado.)** Dicho con esa rudeza... no sé contestarte.

ALICIA.- Sí, ya lo entiendo. No te agrada llamar a las cosas por su nombre. Son palabras soeces que nunca deben decir las mujeres decentes... Eso piensa Leonor, y yo se lo acepto... Pero no veo porque tengo que andar disimulando contigo.

SILVIO.- Qué voy a decirte, no tengo palabras bonitas para convencerte; sólo sé que me gustas.

ALICIA.- Está bien... tú no me desagradas tampoco, porque tienes razón: eres distinto. Pero no sé cómo eres y siento curiosidad por saberlo.

SILVIO.- (**Desconcertado.**) Cuanto más hablas más difícil lo pones.

ALICIA.- Por eso mismo, debemos callar.

(ALICIA abraza a SILVIO y lo conduce al sofá.)

SILVIO.- (**Con aprensión.**) No se despertará tu madre, ¿verdad?

ALICIA.- (**Altiya.**) Casi me dan ganas de no hacer el amor... Calla, hemos dicho que íbamos a callar. No digas ni una sola palabra... Y no me seas mezquino, muchacho, ni asustadizo... ¡Por lo que más quieras!

SILVIO.- (**Excitado.**) Eres una chica preciosa.

ALICIA.- (**Burlona.**) Desgreñada y con los dientes sucios.

SILVIO.- (**Apasionado.**) Me entran ganas de destrozarte...

ALICIA.- ¡Eh!, cuidadito, Silvio, cariño... No serás de esos, que sólo disfrutan del sexo gritando palabras salvajes.

SILVIO.- Entonces, arráncame tú la piel, fustígame... haz que me arrastre a tus pies.

ALICIA.- (**Ríe a carcajadas.**) Vaya con el niño inocente que ha engañado a mamá... ¿Quién te ha enseñado estos juegos de amor tan feroces?

SILVIO.- (**Obnubilado por el ansia de poseer a ALICIA.**) Me muero de deseo... Estoy loco por ti.

(ALICIA y SILVIO caen sobre el sofá.)

ALICIA.- (Ríe y se agita.) ¿Enchufo el vídeo de Leonor?

SILVIO.- ¡No!

ALICIA.- Seguro que estás deseándolo... Estás muerto de miedo.

SILVIO.- Ni se te ocurra.

ALICIA.- (Divertida.) Pero ¿cómo piensas que vamos a hacerlo? Tómame un respiro. Estas cosas a salto de mata nunca salen bien... Quítate los pantalones, primero.

(ALICIA se esfuerza por separarse de SILVIO y éste se incorpora con desgana para despojarse de los pantalones, en un periquete.)

Los calzoncillos también.

(SILVIO se quita los calzoncillos y se queda en cueros. Al tiempo, ALICIA se desabrocha la blusa y deja caer la falda al suelo. SILVIO se abalanza sobre ALICIA.)

SILVIO.- No puedo esperar más, Alicia.

ALICIA.- (Mordaz.) No irás a decirme que te estás corriendo.

SILVIO.- (Hace gestos y visajes que indican el esfuerzo que hace por retenerse.) ¡Maldita sea! Tenía que pasarme a mí... Esto es una puta mierda.

ALICIA.- (Enojada por el fiasco.) Anda, levántate, y no pienses más en ello... Quien con niños se acuesta... Acércame la bolsa.

(SILVIO remolonea, avergonzado y sin atreverse a mirar a ALICIA, que está a punto de perder la paciencia.)

Silvio, no te hagas el remolón.

SILVIO.- (Preso de una gran excitación, besuquea a ALICIA.) Estoy loco por ti... Vamos a probar otra vez.

ALICIA.- (Acuciante.) Pero, ¿qué haces? Levántate y tráeme la bolsa... Me has dejado pringada.

(SILVIO se incorpora con lentitud y coge la bolsa. Parece avergonzado.)

Ábrela... sí, así, tira de la cremallera, las manos te tiemblan... Hay una toalla dentro... ¿no la ves?... Me da tanto asco que me lo echen encima... ¡Ag, qué repelús!, siento que se me eriza la piel.

(SILVIO, que se muestra muy compungido, entrega la toalla a ALICIA y ésta se frota con fuerza. ALICIA con voz fuerte, sin poder disimular la ternura.)

Pero, ¿qué te pasa? ¿Por qué te tapas la cara? ¿Es que estás llorando?... Tampoco es para ponerse así... **(Entrega la toalla a SILVIO.)** Toma, límpiate tú también.

SILVIO.- (Avergonzado.) No... Voy a ponerme los pantalones.

ALICIA.- (Afable.) No es ningún drama, Silvio; eso le ocurre a cualquiera, a los hijos de las mejores familias... Si tú supieras cómo se portan, a veces, los conquistadores más avezados... **(Ríe cariñosamente.)** Los gatillazos están a la orden del día.

(SILVIO se pone los calzoncillos. En este momento entra LEONOR.)

LEONOR.- (Enfurecida.) Por algo daba vueltas en la cama como una loca, sin poder pegar ojo... La cabeza a punto de estallar.

ALICIA.- (Procurando mostrarse despreocupada.) Hola, mamá, ¿pasa algo? Te veo muy desmejorada últimamente... Y eso que ahora tienes de quién ocuparte.

LEONOR.- (Elevando el diapasón de la voz.) Ese duendecillo que no me deja a sol ni a sombra hace sonar la alarma cuando me amenaza un peligro inminente... ¡No se equivoca nunca!

ALICIA.- ¿Por qué gritas, mamá?

LEONOR.- (Grita más fuerte.) ¿Qué hace ese muchacho en calzoncillos plantado en medio del salón? ¿Puedes decírmelo?

ALICIA.- No sé; de repente, se ha puesto triste. Creo que se siente avergonzado.

LEONOR.- (Grita.) Está llorando... ¿es que no lo ves, mala pécora? ¿Qué ha sucedido?

ALICIA.- (Descarada.) Qué palabras son esas..., impropias de una señora tan fina.

LEONOR.- (Exasperada, a SILVIO.) Estás desnudo... Algo habréis hecho, ¿no? Porque nadie se queda en pelotas para jugar a las cartas.

SILVIO.- (Musita.) Ha sido una locura... Hemos bebido demasiado.

ALICIA.- Nada irreparable, te lo prometo... A pesar de que le veas tan pesaroso no tiene de qué avergonzarse... He sido yo, que estaba aburrida.

LEONOR.- (Furiosa.) ¡Aburrida! Y tienes cara para decírmelo así. Cuando te aburres desnudas a mi invitado de honor y le haces llorar... Juegas con él a marido y mujer en la cama, sin darte cuenta siquiera de lo que está sucediendo.

ALICIA.- (Sin darle importancia.) Escarceos que nos dejan vacíos; no significan nada.

SILVIO.- Juegos, en el fondo, muy tristes.

LEONOR.- Sí, un par de corazones solitarios... y luego me dicen a mí que soy cursi. **(Con énfasis burlón.)** Tu pena y mi pena nos unen en la madrugada... Me suena a rancia coplilla. **(Resuelta, a SILVIO.)** Vístete, Silvio, ponte los pantalones de una vez.

(SILVIO obedece a LEONOR y se viste.)

ALICIA.- (A LEONOR.) Es una situación violenta, lo reconozco, pero no sé qué decir... Lo siento por los dos. Ya sabes que para mí estas cosas no tienen ninguna importancia. Es un simple intercambio, un placer pasajero que no deja huella. Como ese ajetreo de brazos y piernas y miembros y cuerpos del vídeo... Algo que se hace e inmediatamente se olvida.

LEONOR.- (Muy irritada.) Te escucho con santa paciencia, y me siento sin fuerzas para cruzarte la cara, ¡qué desatino!... Estás perdida, Alicia; no sabes, siquiera, si te agrada que un hombre te abrace... Lo haces por pura rutina, como si bebieras un vaso de agua.

ALICIA.- (Enojada.) Está bien, te lo dejo; es todo tuyo... Además, ha sido una experiencia fallida... Silvio te pertenece de veras.

LEONOR.- (Furiosa.) Menos mal que, al fin, hablas como una mujer... ¡Es mío, claro que es mío, lo ha sido siempre! ¡No me lo cedas! Ha llegado mi hora y nadie me va a desplazar... Te lo advierto, nadie va a quitarme lo mío.

SILVIO.- (Musita con tono melifluido, dirigiéndose a LEONOR.) Ya estoy listo... Vámonos enseguida.

ALICIA.- (Grita al tiempo que habla SILVIO.) Con tu pan te lo comas; que lo disfrutes a tope. Sólo quiero que sepas que no ha sido mi intención aguararte la fiesta.

LEONOR.- (Con tono imperativo, a SILVIO.) Sí, vámonos, Silvio. Será lo mejor.

(LEONOR toma de la mano a SILVIO y lo arrastra hacia la salida.)

SILVIO.- (En voz baja, al oído de LEONOR.) Yo no deseaba hacerlo; ha sido ella la que me ha provocado.

LEONOR.- (Con tristeza, al adivinar la intención de SILVIO.) Bien sabes decir lo que más te conviene.

SILVIO.- (Con el mismo tono.) No me gusta tu hija. Es una descarada, no tiene pudor... Además, se las da de estar de vuelta de todo.

LEONOR.- (Con energía, a ALICIA.) Hace tiempo que lo sé; eres una niña envidiosa... mal intencionada y aviesa... Pero te lo advierto, no me fastidies, nadie va a estropear lo que tanto trabajo me cuesta. **(Mira a SILVIO.)** No vuelvas a mirarla a la cara.

ALICIA.- (Despreciativa, con crueldad, a LEONOR.) Sujétalo fuerte, que no se te escape. Menudo canallita te llevas... Un traidorzuelo de mierda.

LEONOR.- (Muy irritada.) Échate en los brazos del Hombre del tabardo verde, ese mendigo que tanto te gusta, y déjanos en paz a nosotros.

ALICIA.- Estás ciega, mamá, no sabes lo que te espera...

SILVIO.- (Al oído de LEONOR.) No la contestes, Leonor. Quiere hacerte sufrir.

ALICIA.- (A LEONOR.) Llorarás sus engaños.

LEONOR.- (Sobresaltada.) Aprisa, Silvio, no te detengas.

ALICIA.- Destrozaré la casa.

LEONOR.- (Desesperada.) Fuiste una niña viciosa desde que no levantabas dos palmos del suelo... Una putita estragada antes de conocer a los hombres... Y serás una mujer de la calle... Porque te da igual ocho que ochenta, y ni siquiera te importa quién te come la boca. Lo mismo te vale un sucio mendigo cuyo aliento apesta a vinazo que un joven pálido y rubio, hermoso como la luz de la aurora; un joven nacido en el bosque al que pretendes embaucar con torpes manejos, mañas arteras... Te compadezco, Alicia, de verdad me das lástima.

(LEONOR y SILVIO salen. Entra RODRIGO, el narrador.)

RODRIGO.- Muchachita insolente, compuesta y sin novio, se ha quedado con la miel en los labios. Ante la obstinada actitud de Leonor permanece perpleja, y ya no sabe si le agrada el viejo mendigo de blanca y ondulada melena o el joven de tez pálida y ojos acaramelados.

Porque, como suele suceder en los dramas más arriesgados, mientras los actores desarrollan sus acciones en un determinado registro, en otro nivel más profundo tienen lugar acciones muy distintas y probablemente siniestras.

Es único el universo, una la naturaleza del hombre y una también la conducta apropiada para todos los hombres. Sin embargo, lo que de verdad cuenta sobre el escenario es el agudo contraste de las diferencias humanas, sobre las cuales el nudo dramático crece y el conflicto se traba.

Es de esencia que los personajes contrarios no puedan concebirse si la existencia de cada uno de ellos no depende de la existencia de todos los otros. Del mismo modo, se nos antoja imposible que se den el bien sin el mal, el placer sin dolor y la virtud sin el vicio. Y por ello parece improbable que, en verdad, existan ninguno de estos principios.

Escena VII

PABLO pasea nervioso, mirando a todas partes. Hace gestos inquietos y muestra cara de pocos amigos.

VOZ DE SILVIO.- (En un susurro; golpea con los nudillos en la puerta del salón.) Pablo, ábreme, estoy muerto de frío.

PABLO.- (Azorado.) Pero cómo te atreves a venir a estas horas. Es muy peligroso. Desde que os sorprendió la otra noche a Alicia y a ti, mi madre duerme con los ojos abiertos.

SILVIO.- (Amenazante.) No me hagas gritar... Tengo que decirte una cosa.

PABLO.- Me la dices mañana... Un poquitín de paciencia.

SILVIO.- No puedo esperar... Ábreme ya.

PABLO.- Es que Leonor me ha pedido que no te dejara entrar mientras ella no esté en el salón. Me ha ordenado que atrancara la puerta. Está sobre aviso... Se teme lo peor de todos nosotros.

SILVIO.- Por favor, Pablo, me encuentro muy solo... Si vieras las ojeras que tengo. Estoy a punto de echarme a llorar.

PABLO.- Bueno, Silvio, voy a retirar los muebles... Te dejaré pasar, pero ten cuidado, entra despacio, sin hacer ruido.

VOZ DE SILVIO.- Se ha pasado la noche golpeando en la pared de mi cuarto... Si no te das prisa salgo corriendo. Antes de que ella me coja.

PABLO.- Espera un momento; no te pongas nervioso. (**Retira los muebles que entorpecen el paso e impiden abrir la puerta.**) Mamá duerme con la luz encendida. Seguro que en este momento contempla las más horribles traiciones... perpetradas en su misma casa.

(PABLO abre la puerta y SILVIO entra.)

SILVIO.- Y si no las ve se las imagina, pues siempre imagina lo peor. Vigila igual que un Argos furioso, con sus cien ojos abiertos. Ella cree que todo el mundo pretende engañarla. Una vasta conjura.

PABLO.- Defiende su territorio... Hace bien... Una gracia le ha caído del cielo, y no es para desperdiciarla. Se hace fuerte con el inesperado regalo y alberga el firme propósito de no compartirlo con nadie.

SILVIO.- (**Burlón.**) Padece terrores nocturnos. Recibe la visita de un espectro, al cual recibe en la cama que le cuenta todo lo que ocurre en la casa.

PABLO.- ¿Eso te ha dicho Leonor?

SILVIO.- Sí, ella misma, tu madre. También dice que está siempre asustada por mí. Y que si me marcho se quita la vida. Por eso se pasa noches enteras acurrucada junto a mi puerta, vigilando para que no me escape.

PABLO.- (**Sombrío, abatido.**) Sombras de la noche que le susurran al oído antiguas venganzas; una recua de duendecillos siniestros... Somos una familia de paranoicos, bufones tullidos de la corte de Liliput que se mueven a tientas... Enanos envidiosos que purgan los vicios de sus antepasados; sus tremendos excesos.

SILVIO.- (Burlón, con intención.) Nos escondemos como si estuviéramos haciendo algo malo... Y yo no tengo de qué arrepentirme...; no sé, siquiera, cual es mi deber, cómo debo comportarme con tu padre y con ella... O es que no está bien que nos veamos tú y yo. ¿Acaso, estamos cometiendo un pecado?

PABLO.- Sospecha que todos conspiran para hacerla sufrir, para que se vuelva loca. Por eso desconfía, nunca se encuentra segura... ¿Cuántos años tienes, Silvio, quieres decírmelo?

SILVIO.- Dieciocho.

PABLO.- Dieciocho años..., eso no es nada. Como Leonor diría, tienes la vida entera para vivirla. Sin embargo, ella anda contando los días.

SILVIO.- (Desdeñoso.) Sí, una frase más de las tuyas. Es un pozo de lugares comunes.

PABLO.- Nada te cuesta complacerla de noche, un ratito... Estoy seguro de que no es exigente. No sabe lo que es el placer.

SILVIO.- Ni lo pienses... Es al revés, me atosiga; siempre la encuentro delante... Sigue todos mis pasos.

PABLO.- Procura no decepcionarla, Silvio... Te cuesta bien poco.

SILVIO.- (Con cierto entusiasmo.) Podríamos hablar, Pablo, conocernos mejor... si a ti te parece. ¿No te gustaría que fuéramos amigos? No quiero marcharme de esta casa; deseo quedarme contigo para siempre.

PABLO.- (Confuso y halagado.) ¿Y para decirme eso es por lo que te has empeñado en entrar?

SILVIO.- (Con súbita pasión.) Necesitaba verte... Tu madre me acosa, ya te lo he dicho. Se pasa la noche llamando a la puerta de mi habitación, y me suplica que vaya a hacerle compañía porque está desvelada... No quiero meterme en su cama; no quiero oler su sudor, ni su aliento; ni que me cubra la cara de besos. Me repugna sentir sus labios mojados, susurrándome al oído suspiros de amor; me asquea oír esos angustiosos gritos de hembra encelada, mientras pone los ojos en blanco... Por eso te pido que no me dejes solo con ella, que seas mi amigo.

PABLO.- (Aparentando ligereza, pero triste.) Los amigos se marchan, siempre acaban dejándonos... Cuando somos niños, vamos a la escuela, jugamos en la calle, nos reunimos en casa de unos u otros, estamos siempre juntos. Pero, después encuentran mujeres, se echan novia, estudian carreras... qué sé yo, todo eso. Se mueren de asco, de aburrimiento, sin tener culpa de nada... Porque las cosas son así; se sigue el camino trazado, sin preguntarse, siquiera, hacia dónde se va.

SILVIO.- (Insinuante.) Pero nosotros somos distintos. No nos vamos a casar... ¿O sí? ¿Tú piensas casarte?

PABLO.- Estúpido de mí que me hago ilusiones... En eso he salido a mi madre. Me cojo cada berrinche por esos cariños efímeros, por los recuerdos que se desvanecen... Me gustaría tanto que duraran toda la vida.

SILVIO.- Pero también hay que aprender a olvidar. Si no fuera así no podríamos enamorarnos de otras personas.

PABLO.- Sí, seguramente es verdad lo que dices... pero yo sigo siendo un niño pequeño; no he crecido... El rinconcito del alma donde guardo los viejos cariños debe de ser más pequeño que el nido de una golondrina, pero ahí está y no soy capaz de arrancarlo... Perdona, Silvio, que te diga estas cosas; son tonterías... Ya sé que los hombres piensan de otra manera, y que los viejos se cansan de vivir lo mismo de siempre y se quedan solos; sin echar de menos a nadie.

SILVIO.- (Irritado.) Tu padre me hizo saber que tan sólo soy un instrumento en sus manos. Me trató peor que a un esclavo. Por eso necesito tu ayuda.

PABLO.- Pero ya te has liberado de él. **(Con insólita energía.)** Y yo estoy decidido a plantarle cara si se atreve a tocarte... Además, mamá te protege.

SILVIO.- (Lastimero.) Cualquiera habría dicho que no estaba en su sano juicio. Corría desatinado por el parque, a grandes zancadas, con los ojos hinchados. Como si le empujase el viento... Un personaje digno de verse... Me capturó sin decir ni una sola palabra; me trajo a la fuerza y me encerró en el laboratorio como a un prisionero; su botín de guerra.

PABLO.- (Con tristeza.) Papá no mira; no le interesa saber con quién está hablando. Todo aquel que no le sirve para sus experimentos es como si no existiera.

SILVIO.- (Recordando con evidente disgusto.) Esas paredes blancas y húmedas me asfixiaban. Las luces lívidas, el aire frío igual que el hielo que se puede cortar con un cuchillo; y los peldaños de la escalera que crujían bajo mis pies. **(Encolerizado.)** Todavía me golpea en las sienes aquel implacable martillo.

PABLO.- (Con dulzura.) Parece imposible, pero me recuerdas al Hombre del tabardo verde. Tiene muchos más años que tú y también tiene miedo. Estáis desamparados los dos.

SILVIO.- (Mohíno.) La diferencia es que a él le abrazas con toda tu alma y a mí me recomiendas prudencia.

PABLO.- (Extrañado.) ¿Quién te lo ha dicho?

SILVIO.- (Evasivo.) No me acuerdo... En esta casa todo se sabe.

PABLO.- (De pronto, exaltado, con pasión.) Bueno, no importa... Pero, ¿es que no te han estrechado nunca, Silvio, con esa fuerza odiosa y fascinante que te exalta y te humilla; y acaricia y desgarrar tu cuerpo dolorido?

SILVIO.- (Dejándose querer.) Deseo que seas tú el que me abrace con toda esa fuerza... Así debe de estar escrito. Porque sé que eres mi compañero... Es como si te hubiera adivinado desde que me dí cuenta de que compartía mi soledad, en el bosque, con alguien a quien no veía.

PABLO.- En ocasiones sucede que nacen almas gemelas... Llevan los mismos caminos, aunque uno nazca junto al mar y el otro haya perdido su adolescencia recorriendo mil veces, arriba y abajo, las calles oscuras.

(SILVIO abraza a PABLO, movido por un supuesto impulso de ternura.)

SILVIO.- Abrázame, Pablo, que sea verdad lo que dices.

(PABLO estrecha fuertemente a SILVIO.)

Eres mucho más fuerte que ella... Estréchame en tus brazos; no me sueltes, Pablo, por favor no me sueltes... Déjame descansar en tu pecho.

PABLO.- No, Silvio, nos está viendo y vendrá, mi madre aparecerá de repente para hacer valer sus derechos. Es su última oportunidad y se aferrará a ese clavo ardiendo con toda su alma.

SILVIO.- No te resistas; debes aceptarlo... También Leonor tendrá que admitirlo.

PABLO.- Ella sabe que se ha obrado un milagro... A sus años y sin salir de casa, ya había renunciado al amor, incluso al cariño, cuando, de repente, apareciste tú como un regalo del cielo.

(**PABLO se separa lenta, cuidadosamente de SILVIO, quien parece quedar desvalido.**)

(**Con tristeza.**) Sí, Silvio, piénsalo bien y ten mucho cuidado... Los milagros no ocurren dos veces. Es mi madre la que te ha encontrado cuando ya había perdido toda esperanza y hará cualquier cosa para no perderte.

SILVIO.- (Apasionado.) Somos tan parecidos, Pablo; igual de altos, los dos con los ojos azules. Es como si hubiéramos crecido juntos... Fíjate, Pablo, tu mano y mi mano, una con otra, son del mismo tamaño, los dedos nudosos y largos. Aunque me aprietes no me haces daño. Tus caricias son suaves... No me siento húmedo y sucio como cuando me acaricia Leonor.

PABLO.- Éste es el cariño que no se perdona... Y no tenemos derecho a hacerlo en su casa.

SILVIO.- (Con ironía.) Cuando de noche cerrada sales sin que nadie te vea vas al encuentro del Hombre del tabardo verde, y a mí me dejas en casa rumiando tristezas. Las estrellas son testigos que lo ven todo claro en la oscuridad más negra... Yo me entero de lo que haces con él por un pajarillo herido que me lo cuenta; un amigo de la infancia que nunca me miente.

PABLO.- Ese pajarillo está en lo cierto; es verdad que no miente... Y yo te autorizo a decirle que estoy agotado, harto de disimular... Me canso de ocultar el rostro tras una máscara, de tragarme esta náusea pastosa que me llena la boca.

SILVIO.- El silencio hablará por nosotros. Nadie se atreverá a preguntarnos si nos queremos.

PABLO.- No los conoces. Son los hombres que lo saben todo, aquellos que poseen la verdad... Nos abrumarán con su suficiencia... Si ellos callan es porque nos condenan.

SILVIO.- Sí, ya he conocido a alguno... Disfrutan haciendo el mal por el mal, el mal gratuito... Uno de ellos puso un fusil de perdigones en mis manos e hizo que apretara el gatillo. Disparé sobre un jilguero que se refugiaba en el nido, y lo dejé malherido. A pesar de ello, desde entonces el pajarillo no me abandona, me avisa del peligro cercano, indicándome el camino que debo seguir, en cada momento.

PABLO.- Ten cuidado, Silvio, escóndete, no te dejes ver... Cuando se cansen de ti te perseguirán sin piedad.

SILVIO.- Para entonces estaré muy lejos de aquí.

PABLO.- Jamás te perdonarán que les hayas hecho dudar.

SILVIO.- Nos han condenado a la soledad y al silencio.

PABLO.- Han creado las cárceles, los patíbulos y los cementerios.

SILVIO.- Se han anticipado hace siglos al juicio de Dios. Y lo han interpretado a su gusto.

PABLO.- Venid hombres justos a sentaros a la diestra del Padre... Y vosotros, los réprobos que desafiasteis al cielo confundíos en las tinieblas ardientes.

SILVIO.- Has nacido para crecer y reproducirte. No oses elegir otra forma de amar.

PABLO.- Construid prisiones para los que han errado el camino. Son hombres insolidarios y estériles... Que sufran su amargo destino y así muestren al mundo la vergüenza y el horror de su culpa.

SILVIO.- (Con dulzura.) Pero tú y yo escaparemos de sus garras. Somos más listos que ellos.

PABLO.- Nos iremos de casa... Nos ocultaremos en los escondrijos que el Hombre del tabardo verde conoce... No sólo en el parque, en las zonas donde ni la policía se atreve a husmear, sino también en las casas desocupadas que tienen las puertas abiertas y nadie pregunta quien pasa por ellas.

SILVIO.- (Taimado.) No, no es esa la estrategia que debemos seguir... Disimularemos, quietos y atentos... poniendo cara inocente, con gestos amables... Pero no nos moveremos; nadie sospechará de nosotros pues continuaremos cumpliendo con nuestras obligaciones. Cada uno con la suya, como si nada hubiera cambiado.

PABLO.- (Apasionado, enérgico.) Lo mejor sería que nos encerraran en un manicomio, para que fuéramos libres, libres como los pájaros.

SILVIO.- (Muy exaltado.) Para que fuéramos como Dios.

PABLO.- (También muy exaltado.) Y nos atreviésemos a retarle, jugando una partida de ajedrez con Él.

SILVIO.- (Desilusionado, de pronto.) Y, sin embargo, hemos de conformarnos con estos encuentros a escondidas.

PABLO.- (Con amargura.) Siempre temiendo que se desencadenen las furias del Averno... Una pantomima, Silvio; títeres rotos, muertos de cartón que danzan en las tinieblas más negras.

SILVIO.- Llegaremos a ser irreconocibles... Es una sensata aspiración.

PABLO.- ¡Arriba el telón! ¡Qué empiece la farsa!... Representaremos una mascarada de seres anodinos..., hasta el fin de nuestros días. Si, al menos, alguien tuviera un detalle de genio, una actitud gallarda, tal vez sería posible que nos salváramos de esta espantosa mediocridad.

SILVIO.- Los vecinos se asomarán a las ventanas, y avisarán a la policía, sintiéndose profundamente ofendidos.

PABLO.- Y nosotros pretenderemos escapar dando tumbos como lagartos borrachos hasta que nos explote en las narices la luz roja de los semáforos.

SILVIO.- (Cariñoso y sensual.) Ven aquí mi pequeño loco, corzo salvaje de las praderas urbanas.

(SILVIO y PABLO se abrazan festivos, sensuales y tiernos.
En este momento entra ALICIA.)

ALICIA.- (Sorprendida y mordaz.) ¡Oh!, amor, amor, ambiguo sentimiento, cuántas tropelías se cometen en tu nombre.

PABLO.- (Confuso e irritado, a ALICIA.) ¿Qué haces tú aquí?

ALICIA.- (Con causticidad.) Nada; he visto la luz encendida e inmediatamente he caído en la cuenta de que me sentaría a las mil maravillas tomar una copa antes de meterme en la cama... Y para colmo de felicidad me encuentro esta agradable sorpresa: una bella escena de amor.

SILVIO.- (Con fastidio.) En esta casa siempre aparece alguien cuando uno menos se lo espera; en el momento más inoportuno.

ALICIA.- (Burlona.) ¡Ah!, no, no, pero vosotros no os molestéis; al contrario, me agrada mucho veros tan encandilados... Yo soy una chica muy comprensiva y, además, sé por propia experiencia lo que es necesidad.

PABLO.- (Mohíno.) Visitas impertinentes que últimamente se presentan con demasiada frecuencia... Imposible reunirse con nadie sin que vengan moscones a meter las narices donde no les importa.

ALICIA.- (Muy enojada, a PABLO.) No me fastidies más, hermanito, que no conoces aún a tu hermana. **(Larga pausa para serenarse.)** ...Bueno, palabras que no se han dicho..., no es para que os lo toméis así... Al fin y al cabo nosotros tres tenemos muchos intereses en común.

PABLO.- (Molesto.) Como no sea el de confabularnos para hacer la puñeta a mamá.

ALICIA.- (Burlona, a PABLO.) Para que deje de hacerse ilusiones falsas, quizá, y ponga los pies en la tierra... Llámalo como mejor te parezca.

SILVIO.- Más vale que la dejes tranquila... Olvida esas peligrosas ideas. Ya sabes que es una mujer rencorosa.

PABLO.- (Con energía, a ALICIA.) Vamos, tómate esa copa que tanto necesitas y deja de meterte donde no te llaman.

ALICIA.- (Cáustica.) Si es por su bien... En el fondo, le estaríamos haciendo un favor. Aunque ella no lo entienda así y ponga el grito en el cielo.

PABLO.- (Amenazador, a ALICIA.) Estás buscando pelea y la vas a encontrar... Leonor jamás te perdonará.

ALICIA.- Eso no pasará nunca si sabemos comportarnos como personas civilizadas y nos ponemos de acuerdo. No tiene por qué enterarse... Además, somos transformistas. Usando la imaginación y con unos pocos retoques sin importancia conseguiremos que Silvio llegue a ser invisible.

SILVIO.- (Enojado, a ALICIA.) ¿Me corto el pelo al rape o prefieres que me coloque un bisoñé?

PABLO.- (Irritado, a ALICIA.) Se venden productos a granel, póckimas y ungüentos, lo mismo para mastuerzos que para caballeros condecorados.

ALICIA.- (Divertida.) Para corderitos tiernos y para venerables damas que se entretienen viendo películas pornográficas.

SILVIO.- (A ALICIA.) Estás enojada conmigo por lo que pasó la otra noche... Pero yo no tuve la culpa; te pedí que me enseñaras.

ALICIA.- (Resuelta, a SILVIO.) Y eso es lo que voy a hacer ahora mismo... **(Hace una pausa y prosigue con malignidad.)** Bueno, si Pablo no se enfurruña conmigo.

SILVIO.- (A ALICIA.) Y si no me vuelvo invisible...

PABLO.- (Violento, a ALICIA.) ¿No te das cuenta de que estás molestando? ¿Por qué no te vas por donde has venido?

ALICIA.- (Con mala intención, a SILVIO.) ¿Ves la cara de feroche que pone? Ya te lo decía yo... **(Furiosa, a PABLO.)** Acabas de oírlo. ¡He venido a enseñarle! Él me lo pide porque es primerizo y no sabe follar... **(Con mala intención.)** Es una lástima, se corre enseguida... incluso antes de acertar en la diana.

PABLO.- (Violento, a ALICIA.) Pues conmigo no ha necesitado aprender. Y lo hace a las mil maravillas. No se puede pedir mayor perfección.

SILVIO.- (Con malignidad.) No habéis sido vosotros; ninguno de los dos. Me ha enseñado Leonor. Ella tiene infinidad de recursos. Cada noche inventa miles de posturas, todas arriesgadas y, por supuesto, la mar de pintorescas.

ALICIA.- (Ríe mordaz y divertida.) Ni que fuera una mujer versada en el Kamasutra... ¡Anda ya! Pero si mamá no distingue...; ya ha olvidado cómo se hacen las cosas, si es que algún día lo supo. Son tretas de vieja, flor mustia de su fantasía, un puro delirio senil... Todo se arreglará cuando de pronto te vea y enseguida deje de verte, y no sepa qué es lo que pasa contigo.

PABLO.- (Furioso, a ALICIA.) Pero, ¿se puede saber lo que buscas?... Si has venido a tomarte una copa, sírvetela y, después, vete al infierno.

ALICIA.- (Exigente, con energía, a PABLO.) ¿Eres tonto de baba o es que lo aparentas?... Porque es muy sencillo: he venido a compartir los favores del ángel caído del cielo... O, dicho de otra manera, que no soy una convidada de piedra. ¡Quiero participar en la juerga!

PABLO.- (Furioso, a ALICIA.) Pero, ¡qué estás diciendo! ¿Es que te has vuelto loca? ¿Pretendes que hagamos cama redonda?

ALICIA.- (Resuelta.) No te vas a apropiarse de él; no es tuyo. Silvio es un *gigoló* de lujo que nos pertenece a todos. Un patrimonio común de la casa.

PABLO.- (Furioso.) Atrévete a ponerle las manos encima.

SILVIO.- (Sinuoso.) Con cuidado, amigos, que yo también puedo morder las manos que me acarician; las manos de todos vosotros.

ALICIA.- (Con tono persuasivo, a SILVIO.) Pero si es lo más natural del mundo... No sé qué te pasa; nadie pretende ofenderte.

SILVIO.- (Con desdén.) Náufragos en una isla desierta, os devoráis uno a otro por un pedazo de carne... Os arrastráis como un par de gusanos en pos de un sueño imposible, y ni siquiera soy objeto de vuestro deseo. Solamente os mueve una curiosidad maligna e insana.

ALICIA.- (Despreciativa.) Ya está bien de chorradas... Os la cogéis con un papel de fumar... Si os oyera el Hombre del tabardo verde os enseñaría lo que es sufrir de verdad... Para que de una vez para siempre aprendierais a ahuyentar las penas y a gozar de los placeres que no cuestan nada.

(ALICIA empuja a PABLO y se abalanza sobre SILVIO, para abrazarle apasionadamente, al tiempo que ríe con carcajadas estridentes. Al sentirse desplazado, PABLO golpea a ALICIA e intenta apartarla. SILVIO adopta una actitud pasiva y se deja hacer. Los tres manotean y se debaten, entrelazados. Se oye la voz irritada de LEONOR, quien, a juzgar por los gritos que da, parece acercarse dispuesta a todo. SILVIO se desliga y corre a apagar la luz antes de que entre LEONOR.)

VOZ DE LEONOR.- ¡Cobardes!, habéis apagado la luz... ¿Quién anda ahí? Oigo vuestras odiosas risitas y se me eriza la piel.

ALICIA.- (Burlona.) Son los mensajeros de la noche que ayer entraron en tu alcoba a robarte el corazón... Ya se sabe lo conveniente que es permanecer siempre alerta, pues los ladrones aparecen en escena en cuanto la dueña de la casa se descuida y baja la guardia un momento.

LEONOR.- (Tantea en la oscuridad.) ¿Dónde os escondéis?... ¡Maldita oscuridad! Quiero veros las caras.

PABLO.- (Enigmático.) Una luciérnaga de plata ha entrado en escena... Exhala un embriagador aroma a jazmines... El ave fénix resucita de entre las cenizas y reparte limoncillos tempranos.

ALICIA.- (Confidencial, a PABLO.) Palabras mágicas que entienden solamente los corazones atormentados... Los viejos demonios familiares se transforman en espantajos y nosotros no somos más que desvencijados muñecos del pim para pum. En la oscuridad brillan luces de colores.

SILVIO.- (Con voz lastimera.) Serán fuegos fatuos. (Pausa.) Leonor, señora y madre, no hacemos nada malo. Estamos durmiendo.

LEONOR.- (Furiosa.) ¡Ah!, estáis los tres juntos. ¡Qué desvergüenza! Las personas decentes duermen en las camas... y si son chicos jóvenes y no están casados, duermen solos.

PABLO.- (Enigmático y triste.) ¡Ah!, Silvio, pequeño Narciso, a veces el espejo del lago no refleja una cara bonita ni un cuerpo hermoso... ¡Qué le vamos a hacer! Andan por el agua unos peces extraños que revuelven el fondo del estanque y enturbian las ondas cristalinas.

(LEONOR enciende la luz y mira en derredor, aturdida. Viste un camisón blanco adornado con lacitos azules, que llega hasta el suelo. En la cabeza lleva un casquete de tela brillante que emite destellos dorados y por cuyos intersticios escapan cabellos blancos revueltos. Rodeándole el cuello, luce un hermoso collar de perlas. Un rosario de flores olorosas descansa sobre sus hombros.)

LEONOR.- (Atónita.) No es verdad lo que veo... ¡Que Dios me proteja!... Preferiría estar ciega... Mis hijos y en mi propia casa me clavan un puñal en el pecho... ¿Por qué queréis castigarme? (Se derrumba en un sillón y musita con un hilo de voz.) Seguramente, es esto lo que merezco... Nunca he sabido hacerme respetar.

ALICIA.- (Trivial, a LEONOR.) Te lo dije la noche pasada y no me hiciste el menor caso. Son juegos de equilibristas...

PABLO.- Más bien de contorsionistas borrachos.

SILVIO.- Meros ejercicios gimnásticos.

ALICIA.- El cuerpo necesita ser oreado para no enmohecerse.

LEONOR.- (Con amargura.) Nada os importa el daño que podáis hacer a vuestra madre; ni siquiera os dais cuenta de que se lo estáis causando... Inconsciencia, locura y egoísmo; sois unos irresponsables... Os revolcáis en el suelo, lascivos y torpes, los tres juntos como tres canallitas que ríen sus gracias idiotas y, de paso, para burlaros de mí.

PABLO.- (Triste.) No, madre, no; es peor, todavía. Porque al contemplarnos en los espejos no vemos sino cadáveres enmascarados que los atraviesan para caer en el país del que nadie regresa...

LEONOR.- (Con crueldad y al tiempo con profunda tristeza, a PABLO.) ¿Tú también, Pablo, te prestas a estas andanzas?... Te creí enamorado del Hombre del tabardo verde, loco por sus viejas arrugas. Esclavo de sus caprichos y fiel como un perro.

PABLO.- (Con amargura.) Me alegro de que conozcas mis amores mucho mejor que yo mismo.

LEONOR.- Un despropósito que todavía no he podido entender, pero eres tú quien lo proclamas o ¿acaso, estoy equivocada?

PABLO.- (Sombrío.) Es curiosidad tan sólo, afán de sensaciones nuevas... Una triste manera de sentirme a mí mismo, de comprobar si soy capaz de sentir lo que siento... Posiblemente, el último esfuerzo que hago para saber quién soy yo.

LEONOR.- (Con profunda amargura, a SILVIO.) Y tú, Silvio, ¿vas a decirme que también hoy te han engañado? ¿Quién ha sido esta vez?

SILVIO.- (Compungido e hipócrita.) Esta noche han sido los dos hermanitos. Son taimados y aviesos; en cuanto te distraes un momento te buscan las vueltas.

LEONOR.- (Enojada, a SILVIO.) Esa voz lastimera de niño oprimido me saca de quicio... Eres un embaucador. Ya me he dado cuenta de que juegas a todos los palos y cuando te pillan en falta te haces la víctima... Pero no te vas a salir con la tuya... Te lo vengo diciendo y no me haces caso... por un oído te entra y por el otro te sale... pero ahora te lo digo por última vez.

SILVIO.- (Hipócrita.) No te miento, Leonor, son ellos los que me manejan. No me dejan tranquilo... Son insaciables.

ALICIA.- (Burlona.) Resulta que el ídolo tenía los pies de barro.

LEONOR.- (Muy enojada, a ALICIA.) Cuando se deja de creer en ellos, los dioses acaban convirtiéndose en demonios, y es entonces cuando más se les quiere.

ALICIA.- (Mordaz.) Tu invitado de honor es un zascandil que día y noche te tiene en un ay, ni siquiera te deja dormir... Y lo malo es que con tanto ajeteo te estás quedando en los huesos.

LEONOR.- (Muy enojada, a ALICIA.) Detesto la frivolidad, Alicia. Eres una mujer despiadada. (Da un empujón a ALICIA, que se interpone en su camino. Grita.) Apártate de mi vista.

ALICIA.- (Se revuelve con rabia.) No me empujes; ahórrate la violencia. Será mejor para todos.

LEONOR.- ¡Es mío!

(ALICIA intenta sujetar a LEONOR.)

(LEONOR fuera de sí, a ALICIA.) ¡No me sujetes! Pero, ¡cómo te atreves!

SILVIO.- (Se abraza a LEONOR y grita.) Leonor, llévame contigo.

(ALICIA grita y forcejea pugnando por separar a SILVIO de LEONOR, quien ofrece tenaz resistencia. PABLO, aunque con evidente desgana, intenta separar a los tres contendientes.)

LEONOR.- (Grita, exasperada.) No me conoces, Alicia... ¡No te conviene! ¡Te arrepentirás durante toda la vida! Si intentas quitarme lo que es mío soy capaz de hacer cualquier cosa.

ALICIA.- (Aparentando frialdad.) Si te empeñas en comportarte con esta violencia, y adoptas una postura de mujer intratable, habrá que decírselo a Anselmo.

PABLO.- (Alarmado.) Alicia, no compliques más las cosas. Eres cruel.

ALICIA.- (Salta como si la pincharan.) Y tú un paniaguado de mierda.

(SILVIO, simulando estar asustado, se abraza más estrechamente a LEONOR.)

LEONOR.- (A PABLO.) A la niña le encanta montar numeritos, siempre le ha encantado... cuánto más aparatosos, mejor... (**Rabiosa, a ALICIA.**) Pues no tendrás ocasión de decírselo. Te quedarás con las ganas.

ALICIA.- (**Con sarcasmo.**) Debe enterarse de lo que está pasando en la casa. Al fin y al cabo, es el padre de familia. Y mejor será que no se sorprenda cuando vea al invitado de honor metido en su cama.

LEONOR.- (**Grita.**) ¡En mi cama! La que ha de contárselo voy a ser yo, sin ahorrar detalle ninguno... Se desatará la tormenta.

PABLO.- (**Abatido.**) Para lo que va a importarle... Con que le dejen en paz tiene bastante...

SILVIO.- (**Atemorizado.**) Leonor, por lo que más quieras, no me hagas eso.

LEONOR.- (**Resuelta.**) Los pactos, por escrito y firmados... Él, en el laboratorio; vosotros, en brazos del Hombre del tabardo verde; y yo en el cuarto de estar con el vídeo y mi invitado de honor.

(LEONOR se desprende de SILVIO, bruscamente y, mirando con odio a PABLO y a ALICIA, se dispone a salir en busca de ANSELMO. LEONOR sale y se apaga la luz.)

Escena VIII

LEONOR entra en el laboratorio donde ANSELMO lleva a cabo sus sospechosos y enigmáticos experimentos. El local se representará esquemáticamente con estructuras metálicas y cristaleras desmontables. El cambio de escenario, desde que se apaga la luz cuando sale LEONOR hasta que se hace de nuevo cuando ésta entra en el laboratorio, se hará a la mayor rapidez, sin demoras que paralicen la acción.

En el laboratorio se encuentra ANSELMO. Reclinado sobre un camastro abraza a una extraña y bella mujer, a la cual contempla suspenso y arrobado; y se deja llevar por las ensoñaciones de una pasión imposible. El espectador advierte, sin embargo, una turbadora fijeza en los ojos de la mujer, los cuales miran opacos e inexpressivos; así como una suerte de rigidez enfermiza en las articulaciones de su cuerpo pálido y frío.

LEONOR se queda asombrada e inmóvil cuando, al entrar en el laboratorio, advierte la presencia de la bella y desconocida mujer.

LEONOR.- (Asombrada, sin saber qué decir.) ¿Quién es esta mujer? ¿Dónde la has encontrado? ¿Qué estas haciendo con ella?

ANSELMO.- (Algo desconcertado, se repone enseguida.) Muchas preguntas son esas... Simplemente es una colaboradora eficiente, responsable y capaz... ¿Quieres que haga las presentaciones?

LEONOR.- (Tartamudea.) Es increíble; la cabeza me estalla.

(ANSELMO se incorpora con cierta dificultad, ya que ha de sostener a su compañera, la cual se deja caer con todo su peso, como si careciese de voluntad y estuviera a punto de desmoronarse. Parece que sus miembros no tienen vida.)

ANSELMO.- (Correcto, protocolario, hace las presentaciones.) Leonor, es la mujer con la que me casé... **(Dirigiéndose a LEONOR.)** Te presento a Olimpia Spalanzani, una hembra perfectamente lograda, último miembro de una ilustrísima familia tan antigua como desdichada... la cual, además, tiene la gran virtud de ser muda.

(LEONOR vacila y se lleva las manos a la cara con el fin de taparse los ojos para no ver más visiones. ANSELMO toma con cuidado el brazo de OLIMPIA SPALANZANI y lo extiende, acercándolo hasta que toca a LEONOR. ANSELMO dirigiéndose a OLIMPIA SPALANZANI.)

Estrecha su mano... Es una persona de piel caliente, una mujer apasionada y vital... Te puedo asegurar que está en plena forma.

(En el momento en el que OLIMPIA va a estrechar la mano de LEONOR, ésta da un paso atrás, presa del pánico. OLIMPIA, que no se sostiene sobre sus pies, acaba por perder el equilibrio, y cae, desmadejada y blanda, encima de LEONOR.)

LEONOR.- (Grita, empavorecida.) Es una muñeca mecánica.

ANSELMO.- (Espacio, casi un susurro, con amargura.) De tamaño natural. Un autómata que no me replica... No se sabe si es una mujer viva que se finge muerta o una muerta que quiere seguir viviendo.

LEONOR.- (Gritando a ANSELMO.) ¿Acaso soy una mujer repugnante?... ¡Tanto asco te doy! ¡Prefieres un cuerpo de plástico!

ANSELMO.- Material casi humano, resistente y flexible. A prueba de golpes y de la mejor calidad... Una figura completa, con cada cosa en su sitio...; se puede decir que no le falta detalle... con la gran ventaja de que nunca se queja.

(LEONOR, aterrada y convulsa, se desprende a manotazos del cuerpo de OLIMPIA SPALANZANI, y corre despavorida. Sale gritando.)

LEONOR.- Es una muñeca mecánica... mecánica... un autómata, una muñeca mecánica... Silvio, Silvio...

(En este momento se hace el oscuro. LEONOR sigue gritando en la oscuridad.)

Silvio, Silvio, niño mío... Silvio, ¿dónde estás?... No te habrás ido... ¡Silvio! ¡Silvio! ¡Silvio!

(Un súbito fogonazo ilumina el escenario y permite ver a SILVIO que huye, asustado, desoyendo los angustiados reclamos de LEONOR)

(Angustiada.) ¡Silvio, no te vayas! ¡No me dejes sola...!
(Sollozando.) ¡Silvio! ¡Silvio!

(LEONOR cae al suelo, sollozando. RODRIGO, el narrador, atraviesa el escenario y baja por unas escalerillas al patio de butacas, en cuyos pasillos se pierde.)

RODRIGO.- Desde un lugar lejano y distinto y en un tiempo que atraviesa todos los tiempos posibles, él vino a los suyos; y los suyos no le recibieron. Pues los hombres de corazón marchito que contemplan su rostro herido en los espejos del agua renuncian tanto a la visión poética de su propia existencia como al descubrimiento de sus orígenes.

Tan sólo se ama fervorosamente aquello que no se posee; y si alguna vez llega a poseerse, en ese mismo instante el hombre lo destruye, de la misma manera que se destruye a sí mismo.

Porque el amor, al igual que la poesía, es contradictorio y ambiguo. Anhela la unidad permanente y se resiste a morir; vive disperso entre las cosas mudables y se aflige. Atónito asiste al tormento de la lucidez que hace enloquecer a los hombres.

Y la ceremonia de la inocencia naufraga. No existe consuelo.

(Se hace el oscuro.)

FIN